

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Nº. 228

\$ 5.00





Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A. C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17 D. F. Tel.: 45-37-17. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

MIEMBRO DE LA CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

GERENTE

Ricardo Arrijoa Cortés

ASESOR CULTURAL

Leopoldo de Samaniego

COORDINACION

Daniel García Cabellero

JEFE DE REDACCION

Jorge Silva Izazaga

DISEÑO GRAFICO

Ernesto Lehfeld Miller

SECCION POETICA

Juan Cervera

PUBLICIDAD

PRENESA

COLABORADORES: Víctor Maicas, José Maqueda Alcaide, Emilio Marín Pérez, Miguel Malo Zozaya, Albino Suárez, Ma. de la Luz García Alonso, Claudio Borja, Diego León de Masapolo, Jerónimo Galipienzo, Manuel T. de Samaniego, Berenice Garmendia, René Rebetz.

FOTOGRAFIA: Angel Garmendia Alanís.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de "La Impresora Azteca", S. de R. L.—Poniente 140 No. 681, Colonia Industrial Vallejo.—México 16, D. F.

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO-AMERICANA

NUM. 228

Sumario

EDITORIAL	F. Arias de la Canal	7
REFLEXIONES DEL DIRECTOR	(Foro de Norte)	8
LA DISTRIBUCION DEL LIBRO		
HISPANOAMERICANO	(Foro de Norte) Antonio Castro L.	12
ACTUALIDAD LINGÜISTICA DE PUERTO RICO	Rafael Lapesa	14
SU IDIOMA	(Foro de Norte) Ermilo Abreu G.	15
EL LENGUAJE		16
NUEVOS LENGUAJES	Marshall MacLuhan	20
MORFOLOGIA DEL HOMBRE EN LA LITERATURA ..	Manuel Torre	22
ORIGEN Y BREVE RESEÑA HISTORICA		
DE LA ACADEMIA MEXICANA		24
FRANCISCO MONTERDE (entrevista)		26
PALABRAS DEL ACADEMICO DON SALVADOR NOVO		30
UN ANONIMO (cuento)	Francisco Monterde	31
CAJAL O LA VOLUNTAD	Valeriano Rico S.	33
CAMERA OSCURA	Salvador Elizondo	35
FRANCISCO DE MIRANDA		41
HUELLA DE GABRIEL MIRO	Victor Maicas	46
AMENA CHARLA CON ABEL QUEZADA	Max E. Cymet R.	47
EL REAL MONASTERIO DE SAN		
LORENZO DEL ESCORIAL	Jorge Garbarino	52
POR QUE VAN LOS TURISTAS A ESPAÑA	Joaquín Sanchis N.	56
CONCEPCIONES METAFISICAS	W. H. MacKintosh	59
DON MIGUEL Y DON MARCELINO	Armando Romero L.	62
ALFONSO VIDAL Y PLANAS		70
LOS CLASICOS		72
LOS CONTEMPORANEOS		74
SIMBOLOS Y TROMPOS DE EMILIO		
SALDARRIAGA GARCIA	Luis Ricardo Furlan	78
DONDE ESTA LA TIERRA DE LOS ESPIRITUS ..	Providencia Kardek	79

MARZO-ABRIL 1969

Precio del ejemplar en la
República Mexicana: \$ 5.00

Suscripción anual para
el extranjero: 5 Dlls.

Editorial

NUESTRO IDIOMA

Nos dice Humboldt que “La verdadera patria es propiamente el idioma”, y Weber que “En nada se expresa el carácter nacional o el propio sello de la fuerza del alma y del espíritu tan elocuentemente como en el lenguaje de un pueblo”. Madariaga señala que “Las lenguas vivas son la expresión más directa del carácter nacional. Constituyen la primera expresión del espíritu del hombre sobre el mundo que le rodea”.

Es el idioma común, el vínculo más fuerte de toda agrupación humana, el medio principal de expresión de una nación, el símbolo inequívoco de la unidad espiritual de la Hispanidad, y el resultado del desarrollo intelectual de nuestros pueblos, que mediante la difusión del castellano escrito han de darle a nuestras letras, lustre y señorío, prez y altura, brillo y fama, para seguir ofreciéndole a la humanidad los inagotables tesoros del ingenio hispánico.

El Director

FORO DE NORTE

CONOCETE A TI MISMO

Sean tus versos honrados con loores
Tu prosa de castiza donosura
Clara, sutil, toda una confitura
Para deleite de cien mil lectores.

Primero has de sufrir los sinsabores
Del que quiere alcanzar meta segura
Pero tu voluntad, si es que perdura
Te ha de llevar a disfrutar honores.

De la hora de nacer hasta que mueres
Un tiempo tienes para hacer tu historia
Conócete a ti mismo, si es que puedes

Y así podrás dejar de ti memoria,
Porque estarás haciendo lo que quieres
Para tu beneficio, nombre y gloria.

**reflexiones
del
director**

LA FILOSOFIA DINAMICA DE CERVANTES A ORTEGA

¡Cervantes —un paciente hidalgo que escribió un libro— se halla sentado en los eliseos prados hace tres siglos, y aguarda, repartiendo en derredor melancólicas miradas, a que nazca un nieto capaz de entenderle!

*Meditaciones del Quijote
José Ortega y Gasset. 1914.*

I

YO

Meditaba profundamente Ortega sobre El Quijote, hipnotizado quizá por el paisaje aledaño a El Escorial, buscando en la vida del Ingenioso Hidalgo, algún indicio que lo condujera hacia el planteamiento de la razón vital: aspiración ineludible de todo filósofo. Poco tiempo después vio la luz su libro "Meditaciones del Quijote".

El *Cogito, ergo sum*, o "Pienso, luego existo" de Descartes, es el gran pensamiento que establece una razón vital estática de la filosofía, mas Ortega con su "Yo soy yo y mi circunstancia", crea la filosofía "...más dinámica en la Historia".¹

Para que representara su heroico papel Quijana, Cervantes le creó un cúmulo de circunstancias² que le orillaron a salir "...por la puerta falsa de un corral" (II, 1ra.) para empezar su gloriosa aventura "... por el antiguo y conocido campo de Montiel" (II, 1ra.).

II

HEROISMO

Con su filosofía nos demuestra Ortega que "Entre los muchos haceres posibles hay un solo quehacer. El empeño del hombre es lograr que su hacer coincida con su quehacer. El hombre, entre sus varios seres posibles encuentra uno que es su auténtico ser. Y a la voz que le llama a ese auténtico ser, es a lo que llamamos "vocación". "Sólo se vive a sí mismo, sólo vive de verdad el que vive su vocación". También nos afirma que el heroísmo "consiste en ser uno mismo... Y ese querer ser él

mismo es la heroicidad". Y como "Héroe es quien quiere ser él mismo. La raíz de lo heroico hállase, pues, en un acto real de voluntad". "El héroe anticipa el porvenir y a él apela". "El no dice que sea, sino que quiere ser".

Cervantes utiliza el factor: locura imaginativa,³ haciendo que el Honrado Hidalgo se encuentre a sí mismo, creándole vocación de "Caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras". (I, 1ra.). Al encontrar Alonso su auténtico ser, sale de su casa "...con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo". (II, 1ra.). Más convencido no podía estar de su heroísmo cuando le responde a Pedro Alonso su vecino "Yo sé quién soy, y sé que puedo ser..." (V, 1ra.). Luego, en uno de sus consejos a Sancho, le previene "...has de poner ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse" (XLII, 2da.).

III

TIEMPO

Nos explica Ortega que "La vida que nos es dada tiene sus minutos contados y, además, nos es dada vacía. Queramos o no, tenemos que ocuparla. Por ello la sustancia de cada vida reside en sus ocupaciones". "El hombre debe de inventarse sus quehaceres, mas como la duración de la vida es limitada, la vida es prisa. Es menester escoger un programa de existencia, renunciando a todos los demás y prefiriendo unos a otros, para así componer la novela de nuestra vida".

Al escribir Cervantes la novela de la vida de su hijastro, nos da claramente a entender que la vida es prisa, cuando narra "...no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza". (II, 1ra.). Es radical el Manchego cuando, renunciando a todo, escoge un programa de existencia y afirma "Caballero andante he de morir". (I, 2da.). Más tarde le confiesa a Sancho "Yo nací para vivir muriendo..." (LIX, 2da.).

IV

VIDA

Definiendo el concepto de la "teoría de las generaciones históricas", nos dice Ortega, que "Vivir es lo que hacemos y lo que nos pasa en nuestras circunstancias". Nos señala que la vida es un "*Faciendum y no un Factum*". Y que "La vida nos es dada, pero no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros...". En "La rebelión de las masas", nos expone "...distinguíamos al hombre excelente del hombre vulgar, diciendo que aquél es el que exige mucho de sí mismo, y éste, el que no se exige nada...". Y que "Vivir" es sentirse fatalmente forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo "Toda vida es lucha, el esfuerzo por ser sí misma".

Cervantes lleva al extremo, con la sutileza de su hechizada pluma, la vida de Alonso Quijano el Bueno, para que uno se percate, mediante sus extravagancias, de que cada hombre es el forjador de su propia historia "cuanto mas, que cada uno es hijo de sus obras" (IV, 1ra.). Luego el personaje prosigue "...mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes" (XIII, 1ra.). Y aconseja "Sábetelo Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro" (XVIII, 1ra.). El Ilustre Caballero se sintió fatalmente forzado a decidir sus quehaceres "...según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer". (II, 1ra.).

V

VENTURA

Ortega nos señala el camino para encontrar nuestra vocación "...como medio para realizar nuestro propio, personal e insustituible destino". Y nos afirma "Pocas lecturas me han movido tanto como esas historias donde el héroe avanza rauda y recto, como un dardo, hacia una meta gloriosa". Exclamando "Desdichada la raza que no hace un

alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad, que no siente la heroica necesidad de justificar su destino". El filósofo reflexiona "Pero acaso, lleva razón Nietzsche cuando nos envía su grito: "¡Vivid en peligro!"

Cervantes establece claramente ese objetivo histórico para Alonso Quesada, cuando refiriéndose a él, dice "...y poniéndose en ocasiones y peligros donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama". (I, 1ra.). En su soliloquio, éste le desea la misma suerte a su padraastro, preguntándose "¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere...?". (II, 1ra.). Más tarde le contesta al cura, que la fama, "...ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos..." (XLVII, 1ra.). Al salir el Caballero de los Leones de Barcelona, le afirma a su escudero "...cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía". (LXVI, 2da.). Ya cuerdo y al borde de la muerte, le replica al Bachiller, que los cuentos "...de hasta aquí, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo en mi provecho". (LXXIV, 2da.).

VI

CLARIDAD

Ortega nos confiesa "Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas". En él, de inmediato nos seduce la claridad y elegancia de su exposición. Para él "La claridad es la cortesía del filósofo". Y "Toda labor de cultura es una interpretación, esclarecimiento, explicación o exégesis de la vida". "Cultura no es la vida toda, sino sólo el momento de seguridad, de firmeza de claridad". "Claridad no es vida, pero es la plenitud de la vida". "El hombre tiene una misión de claridad sobre la Tierra".

Sobre la claridad su amigo le previene a Cervantes "...sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra

oración y periodo sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos". (Prólogo de la Primera Parte).

VII

SHAKESPEARE Y CERVANTES

Muy a menudo se ha tratado confrontar la obra literaria de Cervantes con la de Shakespeare, lo cual no sólo lo considero difícil sino imposible, por el hecho obvio de que ambas son sensiblemente disímiles, en cuanto a su proyección estética se refiere.

"Shakespeare se explica siempre a sí mismo" ⁴ mediante sus obras, es fácil entenderlo, no esconde nada, no puede ni quiere esconder nada. Sus obras son superficiales, podríamos decir, desde este ángulo. Sin embargo, Cervantes no se explica a sí mismo a través de su obra, más que para aquellos pocos, que en lugar de leerla nada más, la mediten, la digieran; para comprenderla un tanto más, y no del todo. ¿Qué paradójico es haber creado una obra de esta envergadura, para un mundo sensual como el hispánico, poco dado a la reflexión!

El de Stratford on Avon, es un gran psicólogo de su época, supremo juglar de las emociones humanas, y magnífico versificador, si se tienen en cuenta los "...redobles de pronunciación exigidos a los labios y a los dientes del norte", como dijera Castelar; razón por la cual tuvo don Guillermo que hacer uso del "Blank Verse". Fue sin duda este autor teatral, un genio en su especialidad.

El primero en novelar en lengua castellana, al escribir con exquisita prosa El Quijote, logra crear un personaje tan real, que irónicamente amenaza con desplazarlo en fama. No sólo tan real sino tan peculiar, que "quijotismo" tiene una acepción y "cervantismo" otra muy diferente. Es la personalidad del Caballero de la Triste Figura tan sublime, que se convierte en la de un cristo español que le es plasmada su vida en el libro, que subconscientemente deviene la biblia del mundo hispánico, de-

bido principalmente a que desarrolla una filosofía dinámica de la razón vital, a que es el que "...mayor cúmulo de alusiones simbólicas hace al sentido universal de la vida",⁵ y el que transpira constantemente un ferviente "anhelo de libertad".⁶ Es el libro que el hispanista necesita leer para aprender a vivir y a meditar para proyectar su intelecto; es el que le da luz a su espíritu para facilitarle el conocimiento de sí mismo, para que tenga la voluntad de decidir su proyecto de vida futura, y para que se esfuerce en ser hijo de sus propias virtudes.⁷

VIII

COLOFON

Don Miguel de Cervantes Saavedra, espíritu universal, que a través de su obra maestra: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, plantea a la humanidad por vez primera en la Historia, hace poco más de tres siglos y medio, la esencia filosófica de la razón vital dinámica del hombre; que José Ortega y Gasset logró captar para poder fundamentar su axioma "Yo soy yo y mi circunstancia".

¹ "Mas que un hombre un castillo". Ensayo del Dr. Félix Martí Ibáñez, editor de MD en Español. Noviembre 1968.

² Nos dice Américo Castro que "Don Quijote, solo y aislado, no valdría ni para un relato de escasas páginas".

³ "...en vida de don Quijote que oyéndole discursos de entendimiento, teníanle todos por hombre discretísimo y muy cuerdo, más llegando a los de imaginativa, donde tenía la lesión, admirábanse todos de su locura, verdaderamente admirable". (*Vida de Don Quijote y Sancho*. Miguel de Unamuno. Cap. I).

⁴ Hebbel.

⁵ *Meditaciones del Quijote*. José Ortega y Gasset.

⁶ Américo Castro.

⁷ Refiriéndose Unamuno a "La Ley de la Partida", nos dice que hidalgo quiere decir "Descendiente del que hizo alguna extraña virtud" (*Vida de Don Quijote y Sancho*. Cap. I).

FORO DE NORTE

La distribución del libro Hispanoamericano*

Mucho ha hecho el Fondo de Cultura Económica por la distribución del libro hispanoamericano en América, en el tercio de siglo que lleva de trabajar empeñosamente. Su labor benemérita cubre un campo muy amplio. En colecciones de distintas categorías y variados precios ha facilitado al lector de lengua española importantes textos originales, así como cuidadosas versiones de libros extranjeros en las más diversas disciplinas.

Ha editado numerosos libros de autores mexicanos e hispanoamericanos, y aun colecciones completas sobre problemas culturales y sociales de los países de nuestro Continente. En su incesante labor ha venido a completar al editor privado que, generalmente, sólo acepta libros que pueden dejarle una utilidad segura. El Fondo de Cultura Económica está en condiciones —y muchas veces lo ha hecho— de publicar libros costosos, por ejemplo, de arte y arqueología, cuyas márgenes de utilidad son pequeñas y en los que la recuperación del capital invertido es lenta.

Los escritores hispanoamericanos que mejor se conocen son los editados y distribuidos por las grandes empresas editoriales, tanto españolas como hispanoamericanas, entre las que figura en primer lugar el Fondo de Cultura Económica. Pero queda un problema al que, hasta ahora, no se ha encontrado solución: la distribución continental de la producción de los que podríamos llamar pequeños editores. Pequeños por lo que toca a su radio de acción en el Continente, por más que tengan una sólida situación en su país y acaso en los países limítrofes.

Los libros editados por los pequeños editores no tienen difusión en los demás países hispanoamericanos. Pero hay más todavía, cuando se quieren obtener por conducto de un librero mexicano, por ejemplo, se encuentra con que se niega a encargarlos. ¿Por qué? La expe-

riencia general parece ser que los pequeños editores hispanoamericanos no están preparados para un comercio de exportación, sobre todo cuando los pedidos son ocasionados y no pasan de unos cuantos ejemplares.

La situación que existe en México —y acaso en otros países hermanos— es la siguiente.

Contamos con librerías norteamericanas y europeas —francesas, alemanas, inglesas— que tienen una existencia permanente de libros de sus propios países, tanto literarios como científicos. Reciben además, constantemente, las principales novedades. Pero cuando no tienen el libro que el cliente busca están dispuestos a encargarlo. Y no sólo el libro nuevo, sino también el agotado que hay que adquirir de segunda mano.

En México no existe una librería latinoamericana y los libros de los países de la América Latina que se encuentran en el mercado son los publicados por los grandes consorcios editoriales de México, Argentina y España. ¿No podría establecerse en México una librería hispanoamericana? Para ello existen algunas dificultades. El mercado es reducido para la generalidad de los libros de Hispanoamérica, por lo cual las perspectivas para un librero privado no son bastante atractivas.

Pero habría que empezar en alguna forma, y lo mejor sería —por lo menos para el comienzo— solicitar la cooperación de los Gobiernos latinoamericanos. He aquí un plan, en el que acaso el Fondo de Cultura Económica podría tomar la iniciativa.

Una cooperación de 100 dólares mensuales por parte de cada uno de los países de América Latina, permitiría reunir cada mes 2,000 dólares, es decir, \$ 25,000.00. Con esta suma se podría pagar el alquiler de un local modesto y el sueldo de dos o tres empleados.

Los diversos Gobiernos latinoamericanos enviarían a esa librería sus publicaciones más

Actualidad lingüística de Puerto Rico*

importantes: libros y revistas. El producto de la venta de las publicaciones de cada país se abonaría para disminuir el subsidio mensual de 100 dólares. Es posible que, en algunos casos, las ventas excedieran al subsidio fijado y entonces el excedente se enviaría al Gobierno correspondiente.

Una larga experiencia indica que la vista del libro y la posibilidad de hojearlo y revisar su índice es la manera más práctica para su venta. Muy pocos lectores se deciden a encargar un libro del que sólo conocen la ficha bibliográfica. Pero, aun para éstos, esa librería podría prestar el servicio —con que ahora no se cuenta—, de satisfacer pedidos especiales.

Como con algunos países hispanoamericanos México ha celebrado convenios culturales —que incluyen el intercambio de publicaciones— acaso no sería remoto que nuestro Gobierno permitiera la importación de los libros para esa librería en condiciones privilegiadas.

Es ya tiempo de recurrir a todos los medios para que una federación de Estados Unidos por la cultura, la raza y la lengua, se conozcan mejor y estrechen las ligas espirituales que —con otras en los campos político, social y económico— deberán asegurarles una intervención, cada vez más urgente, en el mundo futuro, en el que los contactos internacionales se extienden y desarrollan a un ritmo vertiginoso.

Ojalá que el Fondo de Cultura Económica —al que se le deben tantos beneficios en la difusión de la cultura en Hispanoamérica— se decidiera a anotar este problema en su programa.

por Antonio Castro Leal

* Tomado de *La Gaceta*.
Fondo de Cultura Económica.
Septiembre de 1968.

“¡Mi yo!, ¡que me arrebatan mi yo!”. La exclamación de Michelet, tan entrañada en la obra de nuestro don Miguel de Unamuno, podría servir de lema al presente libro de Germán de Granda sobre la actualidad lingüística de Puerto Rico. Y no porque el libro sea un grito de angustia, no, es un testimonio objetivo, abrumador por la implacable elocuencia de los hechos que registra y por el círculo cerrado que éstos forman. Nos hace asistir a la infiltración de ideas, hábitos mentales, formas de vida y estructuras propias de una sociedad, que desfiguran la personalidad de otra, y que penetran hasta lo más revelador de su alma, la lengua. El mero hecho de que el español sea en Puerto Rico “el vernáculo” o “la lengua vernácula” habla ya de las condiciones de inferioridad a que está sometido allí frente al inglés. Si las presiones políticas a favor de éste han decrecido en los últimos decenios, una serie de circunstancias económicas, sociales y de orientación cultural prolongan e intensifican el asedio. Y el resultado es que, pese a los esfuerzos de una minoría humanística, brillante y ejemplar, pero cada vez más desoída, el español pierde terreno en la exposición y enseñanzas técnicas, cunde también el bilingüismo en otras esferas, y la mediatización del “vernáculo” se manifiesta no sólo en la abundantísima entrada de vocablos y giros expresivos angloamericanos, sino, lo que es más grave, en el calco de estructuras sintácticas. Es un proceso paralelo al de la creciente acomodación de la comunidad puertorriqueña a los ideales y modo de pensar y vivir norteamericanos. La contextura social y lingüística en que tales fenómenos ocurren aparece diseñada con mano maestra en el libro de Granda. No hay en él actitudes jeremiáticas ni lamentos retóricos; pero su apretada sequedad, sin concesiones estetizantes y erizada de nomenclatura técnica, vibra con dramatismo tanto más fuerte cuanto menos buscado.

Su toque de alerta debe ser atendido con tensa meditación en la primorosa isla del Caribe y en toda la extensión del mundo hispano-hablante. A ambos lados del Atlántico, en países que no se encuentran ligados a los Estados Unidos por vínculos políticos como los de Puerto Rico, se dan también, con variables diferencias de grado, el hedonismo de las crecientes clases medias, la tecnocracia, el desdén por las humanidades, el mimetismo respecto de lo norteamericano; y de igual modo el libro, la prensa, la radio y la televisión propagan sin reparos el anglicismo, ya sea de vocabulario, semántico o gramatical. Nuestros técnicos se aferran a la *automación*; nuestros periodistas, al *suspence*, la *escalada*, los *marines* y las *conferencias en la cumbre*; nuestros locutores de radio, al empleo superfluo del artículo indefinido (“han escuchado ustedes *Diario deportivo*, un espacio ofrecido por la Casa Pérez”); el aumento de la voz pasiva llega hasta los ejercicios escolares infanti-

les. ¿No prolifica en todas partes la composición facticia con fragmentos de palabras, como en los engendros *Expotur* y *aparthotel*? Se dirá que la oleada no invade solo el mundo hispánico, que en Francia se ha preguntado si se habla *franglais*, que otro tanto podría preguntarse en Alemania e Italia, y, sobre todo, que la revolución científica y técnica de nuestros días, con todas sus secuelas, se está haciendo bajo el signo de la iniciativa norteamericana, según reconocen en tono más o menos quejumbroso gentes de toda Europa. Todo ello es innegable; pero en Francia, Alemania o Italia la tradición científica y técnica de cada país puede ofrecer cauces para que el caudal foráneo discurra sin inundaciones. Más sombrío se presenta el futuro espiritual y lingüístico para españoles e hispanoamericanos, escasos de recursos propios en juego frente a la avalancha. ¿Acerteremos a asimilar los logros extranjeros sin caer en el remedo frívolo o bobalicón? ¿Aprendaremos eficacia o nos detendremos en apariencias? ¿Sabremos enriquecer nuestras posibilidades sin abandonar cuanto hay de positivo en nuestro modo de ser? Si no lo conseguimos tendremos que lamentar más pronto o más tarde la pérdida de nuestro yo, aun sin causas históricas que hayan ejercido presión externa semejante a la experimentada por Puerto Rico.

Mantengamos la esperanza. Este libro va a publicarse en Colombia, bajo los auspicios de un Instituto depositario de doble tradición: la del humanismo clásico, representada por Caro, y la del estudio atento de la realidad lingüística viva, en el que fue maestro Rufino José Cuervo. Colombia es la nación hispánica que ha emprendido con mayor decisión la defensa de nuestro idioma contra el extranjerismo, pero sin pretender una pureza estéril, imposible ante las exigencias del momento. La Academia Colombiana ha sido la primera en enfrentarse al problema del vocabulario técnico y su posible hispanización. Estos ejemplos nos dicen que no debemos entregarnos al pesimismo abandonista, sino responder a las circunstancias difíciles con acción rápida, comedida y eficaz. Aún hay sol en las bardas.

por Rafael Lapesa

* Prólogo al libro de
Germán de Granda

FORO DE NORTE

SU IDIOMA

No digo el idioma, sino *su* idioma porque para el escritor no existe otro. El idioma ha de ser su idioma, su propio idioma, instrumento ineludible de su expresión. Sin su idioma le será imposible realizar una obra genuina. Sin él no podría existir su expresión literaria. Pero el idioma, con ser realidad humana, creación exclusiva del hombre, posee características que, en conjunto, determinan su naturaleza, su fisonomía y su valor intransferible. De ahí que el idioma tenga rasgos originales que constituyen su personalidad. El idioma corresponde al pensamiento y al modo de pensar del pueblo. Su estructura es manifestación de su propia fisiología. El aire del castellano es único; y sólo debido a propósitos estilísticos especiales o a una solicitud psicológica individual ofrece cambios fonéticos determinados. Libre, en estado llano, revela su fisonomía primigenia, su forma básica. Por esto el escritor se ha de someter a las características de su idioma. Si no las acepta, si no las capta, su expresión resultará falsa. El escritor que no obedece las normas de su idioma da la impresión de que trabaja con un instrumento que le es extraño o que sólo conoce por fuera, en su parte externa. Por otro lado, el estilo del idioma debe transparentarse en la expresión del escritor.

El escritor que no cumple con estas normas traiciona la índole del estilo. Tal es el caso que ofrecen los escritores que, seducidos por la calidad de una literatura, imprimen a sus obras el carácter de sus modelos. En su expresión se palpa la ausencia de la propia raíz idiomática. Así, sus obras, con todas sus posibles excelencias, dejan un sabor de inmadurez y hasta de torpeza. Sus estilos, por alterar el estilo del idioma original, resultan postizos e inadecuados.

La crítica ha señalado repetidos ejemplos de este error, cometido por cierto no sólo en la literatura española, sino también en otras de similar categoría. Ya indicó T. S. Eliot el carácter latino que Milton imprimió a su *Paraíso Perdido*. Menéndez Pidal ha hecho ver cómo algunas prosas medievales castellanas reflejan, con más o menos torpeza, el estilo de los idiomas —hebreo, árabe o latín— imitados por sus autores. Es ostensible —por ejemplo—, cómo Enrique de Villena (bien llamado Enrique de Aragón) al traducir la *Eneida*, violentó la sintaxis castellana por respetar la sintaxis del original. En el Renacimiento es fácil percibir el sello ciceroniano que resalta en fray Luis de Granada o el de Tácito en la obra de Gracián. Buena parte de la antigua literatura turca careció de valor estético porque se apoyaba en normas francesas; hasta que empleó la lengua propia, la lengua de la vieja Anatolia, no adquirió frescura, naturalidad y genio.

por Ermilo ABREU GOMEZ

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Abril 1963.

EL LENGUAJE

La gramática, la retórica y la lógica son las artes liberales que están estrechamente ligadas con el lenguaje. Cada una de estas disciplinas establece sus propias reglas para el uso del lenguaje exigiendo cierto índice de correctividad, ya que consideran al lenguaje como un instrumento del pensamiento o de la comunicación. Estas tres artes en conjunto regulan la conversación. La relación que tienen entre sí representa la relación de los varios aspectos de la conversación, ya sean los emocionales, sociales o los intelectuales.

La historia de los grandes manuscritos es la misma que la de las artes liberales. Su grandeza no sólo se debe a la magnitud de las ideas o los problemas que afrontan, sino también a su excelencia intrínseca como

productos del arte liberal. Algunos de los grandes libros son exposiciones de lógica o de retórica. Ninguno de ellos es un tratado de gramática. No obstante, todos ellos ejemplifican llanamente, aunque no interpretan los refinamientos especiales de las artes del lenguaje y muchos de ellos, especialmente los que versan sobre ciencia, filosofía, teología y aún algunas obras poéticas, se ocupan explícitamente de los problemas del lenguaje y de los diferentes medios que se han venido usando para resolverlos. **El lenguaje es su instrumento** y es por esto que se preocupan conscientemente de su correcto empleo.

Siempre ha existido un vivo interés por los problemas que acarrea el uso del lenguaje. Esto se debe principalmente al desarrollo de los estudios históricos y comparativos de los diversos lenguajes humanos y a las declaraciones científicas respecto a lo que tienen en común todas las lenguas en origen, cambio y estructura. También se debe en parte a una disciplina conocida comúnmente por: semántica, que pretende haber descubierto las propiedades del lenguaje como medio de expresión y de haber descubierto especialmente sus limitaciones.

Se puede decir que no hay nada nuevo acerca de la semántica, excepto su nombre. **Hobbes, Bacon y Locke**, por ejemplo, tratan en sus escritos explícitamente sobre los abusos del lenguaje y de la mala interpretación que se da a las palabras. Cada uno de ellos hace recomendaciones para la corrección de estas faltas. **Platón y Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Berkeley y Hume** también se preocupan por la ambigüedad del lenguaje y por los múltiples sentidos en que se pueden interpretar las palabras y por los métodos mediante los cuales el hombre puede utilizar el lenguaje con precisión.

A pesar de que las ciencias lingüísticas y la historia de las lenguas son de origen reciente, las especulaciones sobre el origen del lenguaje y en ese contexto, la consideración de los aspectos naturales y convencionales del lenguaje se extienden a través de toda la tradición. En cualquier época la discusión sobre la naturaleza del hombre y

la sociedad, considera el lenguaje como una de las principales características de la colectividad humana o compara el lenguaje del hombre con el lenguaje de los animales.

Además existe la extensa investigación filosófica sobre la naturaleza de los signos y símbolos en general. Esta no está limitada sólo a la significación de las palabras habladas, sino que también abarca el examen de cada tipo y clase de símbolos, verbal y no verbal, natural y artificial, humano y divino.

Los procedimientos del lenguaje de hoy en día, parecen tener un tenor diferente de los de la antigüedad. Los filósofos de la antigüedad hacían hincapié en que se salvaguardara la conversión de las aberraciones del lenguaje. **Platón y Aristóteles, con frecuencia examinaban de antemano las palabras más relevantes de uso común antes de comenzar sus disertaciones y las exponían al público a manera de prefacio.** Dándose cuenta de la variedad de significados de las palabras comunes, **tomaban sumo cuidado en enumerar los diferentes sentidos de las palabras**, así como también las colocaban en cierto orden. Buscaban definiciones o las construían para controlar la ambigüedad latente en la lengua, **único medio para expresar y comunicar sus ideas.** A pesar de esto, no esperaban erradicar la ambigüedad completamente. Tienden a aceptar el hecho de que la misma palabra tendrá que ser usada con diferentes significados. A veces insisten en ciertas palabras cuando quieren ser precisos en su significado; en otras ocasiones y con la finalidad de que el discurso logre su objetivo utilizan palabras que tienen diferentes acepciones. No existe para ellos un obstáculo especial entre las palabras abstractas y concretas, o entre los nombres comunes y los propios que designan a los individuos, o entre las palabras que se refieren a objetos inteligibles y las palabras que designan objetos que se perciben por los sentidos.

Parece ser que la actitud de los antiguos, incluyendo a la mayor parte de los filósofos y teólogos del medioevo, es de cierta tolerancia a las imperfecciones del lenguaje. Si el hombre no piensa claramente, si no razona

en la forma correcta o arguye incorrectamente, la falla se debe principalmente al mal uso de sus facultades y no a la mala interpretación de sus intenciones, causada por el lenguaje como instrumento de comunicación. Según ellos no se debe responsabilizar solamente al lenguaje, cuando fracasa como medio de comunicación entre los hombres, en establecer la comunicación de la mente a través del intercambio de palabras. El hombre haciendo un mayor esfuerzo y con el **asiduo estudio de las artes liberales, triunfará y superará los obstáculos del lenguaje.**

Existen algunas cosas que no pueden ser expresadas en el lenguaje humano, así como también hay ideas impenetrables al pensamiento humano. **Dante** dice cuando llega a la rosa mística del paraíso: "Mi visión no la puedo expresar en palabras". **Platón** piensa que el conocimiento que podamos tener de los más elevados temas y de los principios generadores de las cosas, no admiten una exposición como las demás ramas del saber. En su **Séptima Carta**, dice también que ningún hombre inteligente se aventurará a expresar en palabras sus puntos de vista filosóficos.

Sin tomar en cuenta estas excepciones, la generalidad de los antiguos parecen notar cierta tolerancia por las deficiencias del lenguaje. Esto no implica una subestimación de las dificultades que entraña el empleo correcto del lenguaje. Simplemente no hace del lenguaje un pertinaz enemigo de la claridad y de la verdad. Según su concepción las deficiencias del lenguaje son como las debilidades de la carne. El hombre puede superarlas a través de la disciplina de las artes liberales. Si es un experto en gramática, retórica y lógica puede hacer del lenguaje el medio ideal de comunicación y expresar claramente sus pensamientos y la verdad adquirida. El hombre no tiene por que caer bajo la tiranía de las palabras, ya que siempre puede hacer el esfuerzo necesario para dominarlas y servirse de ellas apropiadamente.

No obstante, las artes liberales no garantizan la pureza de intención. Algunas veces propician el oscurantismo, la ofuscación, la decepción y falsificación.

Los hombres tratan de persuadirse unos a otros por todos los medios posibles y no les importa a veces la verdad. **Tratan de engañar a sus oyentes y confundir a sus oponentes.** El empleo de la lengua para estos fines requiere de tanta o más habilidad que la que se necesita para el propagamiento de la verdad. Por lo tanto, el hombre consciente puede dar buen o mal uso al lenguaje.

Dice un proverbio antiguo: "Sólo el que está avezado en la gramática, puede cometer errores intencionalmente". Por eso cuando **Platón** reconoce la diferencia entre un sofista y un filósofo, no sólo reconoce la habilidad sino el propósito. Cuando critica el engaño de un argumento sofista, reconoce al mismo tiempo la astucia con que el sofista ha utilizado el lenguaje como medio propagador de mentiras. Las falacias sofistas que enumera **Aristóteles** son pocas veces errores accidentales. Son más bien equivocaciones intencionadas y artificiosas, que productos de los impedimentos del lenguaje como comunicador del pensamiento. Existen medios para utilizar el lenguaje en contra de la lógica. Según **Aristóteles** sólo son utilizados por aquellos malvados que quieren ganar la discusión a cualquier precio.

Hoy en día existe la tendencia de achacar a las palabras la confusión no intencional que subsiste entre los hombres y el engaño que deliberadamente puede el hombre causar a los demás por medio del lenguaje. El hombre utiliza palabras artificiosas para imaginar una realidad que no existe. Esto último, según **Hobbes o Locke, Berkeley y Hume**, es particularmente verdadero cuando están implicados los nombres generales o universales y también las palabras que significan lo que no se puede imaginar y percibir.

Hobbes dice que no podemos imaginar nada infinito. Por ejemplo, la palabra **infinito** es una forma del lenguaje absurda, muy usada por filósofos y hombres de ciencia insidiosos. Aparte de considerar la insidia de la ordinaria ambigüedad del lenguaje y de la conversación metafórica, **Hobbes** presta singular interés por el uso absurdo de palabras sin significación y de las que no percibimos sino sólo el sonido. Da ejemplos como **vir-**

tud infusa, libertad de acción y sustancia inmaterial.

A la luz de estos ejemplos, la teoría del lenguaje sin significado, explica lo que **Hobbes** quiere decir, cuando escribe que "las palabras son el dinero de los tontos, no obstante son las monedas del hombre astuto". También indica cómo **Hobbes** utiliza desde la susceptibilidad del hombre a la autodecepción a través del lenguaje como medio para explicar los errores, a los cuales él llama absurdos, en los que sus predecesores cayeron. La novedad de esto no estriba en el desacuerdo con los pensadores anteriores sobre los puntos de vista psicológicos, metafísicos o teológicos, sino que reduce lo que supuestamente es la discusión entre una verdadera y falsa opinión, a la diferencia que hay entre un lenguaje absurdo y otro significativo. Sus oponentes arguyen que aunque sus puntos de vista sobre la materia y la mente son consistentes, sus críticas semánticas sobre éstos son insostenibles.

Bacon nos da otro aspecto de la actitud moderna respecto al carácter diabólico del lenguaje. Escribe, "el resultado de la inadecuada formación de las palabras es una increíble muralla que obstrucciona la mente. Ni las definiciones o explicaciones de las que se sirve el hombre para entenderse con sus semejantes son útiles como remedio. Las palabras forzan el entendimiento, causan confusión y conducen a la humanidad hacia innumerables controversias y falacias. Los ídolos impuestos al lenguaje por las palabras son de dos clases: pueden ser los nombres de cosas que no existen o los nombres de objetos mal definidos, confusos o abstractos de las cosas".

Como en el caso de **Hobbes**, la teoría de la realidad y del método utilizado por la mente para asimilar las ideas, que son producto de su experiencia, parece estar sujeta a la idea de que el lenguaje confunde la mente en una red de innumerables palabras, **haciendo que se ocupe más de las palabras que de las cosas.**

Al escribir su **Ensayo sobre el Entendimiento**, **Locke** justifica el hecho de haber incluido un tercer libro, en el cual examina ampliamente y en detalle, las imperfecciones y los abusos en

el empleo de las palabras. Prosigue diciendo que el abuso del lenguaje, vago y sin significación, ha sido considerado por mucho tiempo como uno de los misterios de la ciencia y que las palabras mal usadas y con poco o casi nada de sentido, han sido tomadas como exposiciones de profundo conocimiento y alta especulación y que no será fácil el persuadir a quienes las dicen o escuchan, de que no son sólo, sino velos que cubren la ignorancia y obstáculos del verdadero entendimiento. Muy pocos son los que están preparados para reconocer que han sido engañados por medio de las palabras o que el lenguaje que practican es imperfecto.

El ideal de un lenguaje perfecto y universal es el resultado de la insatisfacción surgida en la era moderna por la ineptitud del lenguaje para comunicar con precisión el refinamiento analítico de las matemáticas o de la ciencia. Según Descartes el método matemático es el proceso que debe seguirse para la resolución de cualquier problema. El lenguaje, de acuerdo con su opinión sobre las ciencias matemáticas universales, deberá ser entonces el instrumento perfecto del análisis y de la demostración.

Estas alabanzas que han prodigado los grandes hombres al simbolismo matemático, nos indican que una de las principales características del lenguaje ideal, deberá ser **la exacta correspondencia entre las palabras y las ideas**. Lavoisier dice: "la palabra debe producir la idea y la idea debe ser un retrato del hecho, como si fueran tres impresiones del mismo sello". Si hubiera una perfecta correspondencia entre los símbolos físicos y los conceptos mentales, no existiría nunca el engaño o la mala interpretación en la comunicación. El hombre podría comunicarse tan perfectamente, que sería como ver directamente a la mente de su interlocutor. Se aproximaría a la clase de comunicación que los teólogos atribuyen a los ángeles y el proceso del pensamiento, muy diferente al de la comunicación, podría ser perfectamente regulado por las reglas de la gramática, es decir, por las reglas que hay que seguir para manipular los

símbolos.

Según Lavoisier, **el arte de razonar no es más que un lenguaje bien estructurado**. En este sentido, las reglas del pensamiento se podrían reducir a reglas de sintaxis, si existiera un lenguaje perfecto. Si los símbolos matemáticos no tienen la universalidad necesaria para expresar todos los conceptos, Leibnitz propone la estructuración de **caracteres universales**, mediante los cuales pueda hacerse un cálculo simbólico para perfeccionar todas las operaciones del pensamiento.

En la antigüedad la imperfección del lenguaje ordinario da lugar no a la concepción de un lenguaje perfecto que el hombre deberá tratar de construir, sino a la consideración de la diferencia entre un lenguaje natural hipotético y los lenguajes convencionales que existen y que están en uso. Si existiera un lenguaje natural, éste no sólo sería para todos los hombres, en cualquier parte, sino que sus palabras serían también imágenes perfectas o imitaciones de las cosas. El hecho de que el lenguaje es más bien convencional que natural se puede apreciar no sólo en la pluralidad de las lenguas, sino también en el hecho de que los lenguajes existentes contienen principios contradictorios de simbolización.

En el *Cratylus*, Platón señala que el lenguaje humano no es un regalo de los dioses, pues si los dioses hubieran dado a los hombres los nombres que usan, los signos serían perfectos y se adaptarían consistentemente a las cosas significadas. La hipótesis de un lenguaje natural o regalado por los dioses, no está propuesta como un ideal que inspire a los hombres a tratar de inventar un lenguaje perfecto para ellos. Funciona más bien como una norma para el criticismo del lenguaje hecho por los hombres y para el descubrimiento de los elementos naturales comunes a todas las lenguas convencionales.

Como la sociedad humana, el lenguaje es parcialmente natural y parcialmente convencional. Así como existen ciertos principios políticos, tales como la justicia natural común a todas las sociedades a pesar de la diversidad de sus costumbres e

instituciones, así también todos los lenguajes convencionales tienen en común ciertas características de estructura que indican su base natural en la constitución física y mental del hombre. En la tradición de las artes liberales, la búsqueda de una gramática universal aplicable a todos los lenguajes convencionales, representa no el deseo de crear un lenguaje perfecto y universal, **sino la convicción de que todos los lenguajes tienen una base natural común**.

La hipótesis del lenguaje natural toma otra forma y posee otras implicaciones en la tradición judeo-cristiana, en donde se discute bajo la luz de ciertos aspectos de la Revelación. No obstante, retiene la misma relevancia fundamental hacia el problema del origen y las características de los muchos lenguajes convencionales que existen hoy en día.

El problema del origen del lenguaje humano es muy difícil de resolver para los teólogos. Y es más difícil aún para aquellos que tratan de especular sobre él en términos puramente naturalísticos. Veamos lo que Rousseau nos dice al respecto.

"Si el lenguaje no se convirtió en una necesidad social, sino hasta que el hombre pasó del aislamiento al estado natural de la sociedad, ¿cómo —se pregunta— pudieron haberse formado las sociedades antes de que los lenguajes fueran inventados? Si el hombre necesita del lenguaje para aprender a pensar, debió necesitar primero el arte de pensar para poder inventar el lenguaje. El desarrollo de las lenguas que existen hoy en día o la manera por la cual los niños aprenden a hablar, viviendo en un medio en el cual existe el lenguaje, no explica de ninguna manera cómo fueron formados originalmente los lenguajes."

Rousseau imagina una condición primitiva en la cual el hombre profería gritos instintivos, "para implorar ayuda en caso de peligro o asistencia en caso de enfermedad; él supone que tales gritos eran acompañados de gestos o movimientos para significar objetos visibles y que emitían sonidos imitativos para significar los objetos audibles. Como tales métodos de expresión eran insuficientes para ex-

presar ideas de cosas futuras o abstractas, el hombre procedió por último a inventar los sonidos articulados de la voz e instituirlos como signos convencionales". Esta institución obviamente debió hacerse de común acuerdo... cosa difícil de entender, ya que este acuerdo comunitario entrañaba la exposición de motivos y por ende el uso del lenguaje para establecerlos como tal.

Aristóteles, por ejemplo, dice que el hombre es el único animal cuya naturaleza ha sido dotada del don del lenguaje. La mera vocalización es sólo una indicación de placer o dolor, y es por lo tanto encontrada en otros animales; pero sólo el hombre tiene el poder de examinar la conveniencia y la equidad, y este hecho es el que distingue la asociación humana de los animales gregarios.

Para Descartes, el lenguaje humano es uno de los medios por los cuales podemos reconocer la diferencia que existe entre los hombres y los animales. Un hecho muy notable es que no hay nadie tan estúpido, sin exceptuar a los idiotas, que no pueda juntar diferentes palabras, para formar con ellas una idea mediante la cual pueda expresar su pensamiento; por otra parte, no existe ningún otro animal que pueda hacer lo mismo. Esto no sólo se debe a los órganos físicos, ya que es evidente que las urracas y los loros pueden articular palabras como nosotros; sin embargo, no pueden hablar como nosotros lo hacemos o evidenciar que lo que dicen lo están pensando... Esto no sólo muestra, que los brutos tienen menos razón que los hombres, sino también que no tienen ni un ápice de ella. Ya sea que consideremos los diferentes puntos de vista sobre el lenguaje o su origen, el origen del lenguaje humano no puede ser explicado o entendido en términos evolutivos.

Ahora bien, existe un sentido del lenguaje que va más allá de los lenguajes ordinarios de los hombres y de los animales. Desde Hipócrates, los médicos han considerado los síntomas de la enfermedad como si fueran un sistema conectado de signos, como un lenguaje mediante el cual el arte de diagnosticar propor-

ciona una gramática de interpretación. Esto último es particularmente verdadero en el plano psicológico, en donde el psicoanálisis de las neurosis y especialmente de la interpretación que Freud da a los sueños, los síntomas y el simbolismo de los sueños son utilizados como un lenguaje elaborado. Ese lenguaje sirve para expresar los pensamientos subconscientes y los deseos que no pueden ser expresados en el lenguaje ordinario de la comunicación social y sobre los cuales la conciencia ejerce cierto control.

Según esta concepción, el lenguaje es como un libro de toda la naturaleza que puede ser leído por el científico. El hombre de ciencia puede penetrar los misterios de la naturaleza, aprendiendo la gramática de los signos naturales. El saber la relación de las cosas naturales como causa y efecto, o como parte y conjunto, es descubrir la sintaxis de la naturaleza. Según la concepción de Galileo, el libro de la naturaleza está escrito en un lenguaje matemático, cuyos símbolos son triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin las cuales nos es imposible comprender una palabra de él.

Existe un paralelismo entre la pluralidad de las lenguas históricas convencionales y la pluralidad de las naciones y sociedades entre las cuales está dividido el género humano. Subrayando la diversidad de las lenguas, diremos que existe una **unidad que implica la posibilidad de unificar el género humano**. Ya que si consideramos el lenguaje como medio de expresar el pensamiento, los diversos lenguajes no son sino diferentes medios para expresar la misma cosa. Dice Aristóteles que "todos los hombres no pueden tener los mismos sonidos del lenguaje, pero las experiencias mentales que éstos simbolizan directamente, son las mismas para todos".

La comunidad humana concebida en términos de la comunicación del pensamiento se extiende mucho más allá de los límites impuestos por comunicación que existe entre los hombres. No está limitada por fronteras políticas. Sobrepasa por medio de la traducción las barreras puestas por la diversidad

de lenguajes. Incluye a los vivos y a los muertos y se extiende aun hacia aquellos que todavía no han nacido. En este sentido, la civilización humana puede describirse como la civilización del diálogo concebida como la gran conversación en la cual todos los hombres tienen participación. El vocabulario de su lenguaje, es el conjunto de ideas mediante las cuales cada individuo puede principiar a pensar por sí mismo, cuando pasa del diálogo al soliloquio; ya que como Platón dice: "El lenguaje y el pensamiento son una misma cosa, con esta excepción, que lo que se entiende por pensamiento es la inefable conversación del alma consigo misma."

Ortega, el filósofo de la razón vital dinámica, nos dice: "El hombre tiene una misión de claridad sobre la tierra. Esta misión no le ha sido revelada por un dios, ni le es impuesta desde fuera por nadie ni por nada. La lleva dentro de sí, es la raíz misma de su constitución. Dentro de su pecho se levanta perpetuamente una inmensa ambición de claridad." En Ortega nos seduce la claridad y elegancia de la exposición de su lenguaje. "La claridad, señala él, es la cortesía del filósofo."

Cervantes pone especial énfasis en utilizar un lenguaje claro y objetivo en *El Quijote*, como el mejor medio para que toda persona pudiera entender sus ideas, de acuerdo con el grado intelectual de cada quien. En el Prólogo de su obra maestra, recomienda el uso de una exposición sencilla: "...sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período, sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos".

El lenguaje común es el vínculo de unión más grande que tienen los pueblos. Si dentro de un lenguaje específico existen barreras que impiden la clara captación de los conceptos entre los que hablan cuanto más difícil es expresar las ideas a través de la muralla idiomática.

Tomado y traducido del libro:
The Great Ideas.



NUEVOS LENGUAJES

Es natural en estos tiempos el hablar de “medios audiovisuales” para la enseñanza, porque todavía pensamos en el libro como una norma y consideramos a los demás medios como incidentales. También pensamos que los nuevos medios —prensa, radio, cine, televisión— son medios masivos y conceptuamos al libro como una forma individual.

Individual porque aísla al lector en su silencio, a pesar de haber sido el primer fruto de la producción en masa.

En el medioevo era imposible que los estudiantes y las instituciones tuvieran los mismos libros. Los manuscritos y comentarios eran dictados. Los estudiantes los memorizaban. La instrucción en grupo era casi completamente oral. El estudio individual era reservado solamente para los más avanzados. Los primeros libros impresos fueron “ayudas visuales” para la instrucción oral.

Antes del advenimiento de la imprenta los niños aprendían oyendo, observando y actuando. La mayoría de las veces la enseñanza se impartía fuera del salón de clases. Únicamente aquellos que deseaban seguir una carrera profesional asistían de hecho a la escuela.

Hoy en día en nuestras ciudades, el aprendizaje se lleva a cabo en su mayor parte fuera del salón de clases. La cantidad de información transmitida por la prensa, revistas, cine, televisión y radio excede en monto a la información proporcionada por las enseñanzas de la escuela y de los libros de texto. Estos medios han destruido el monopolio

de los libros como medios de la enseñanza, relegando al mismo tiempo el aula escolar y de una forma tan rápida que estamos sorprendidos y confusos.

En esta situación de violencia y confusión, muchos profesores han considerado a los nuevos medios como vehículos de diversión y entretenimiento y no como medios educativos. El considerarlos en esta forma no aporta ninguna convicción a los estudiantes.

Encuentren ustedes un clásico que no haya sido en un principio tomado como medio de distracción. No fue sino hasta principios del siglo XIX que se dejaron de considerar a la mayoría de las obras vernáculas como medio de divertimento.

Muchas películas están obviamente realizadas con un grado de profundidad y madurez que iguala, por lo menos, al nivel de enseñanza transmitido por los libros de texto de hoy. Algunas obras cinematográficas están tan bien realizadas artísticamente e históricamente, que revelan a Shakespeare y a muchos otros autores perfectamente, no obstante de una manera fácil y agradable para que los niños los disfruten.

El cine es para la representación dramática lo que el libro es para el manuscrito. Hace posible que muchos, en diversos lugares y en repetidas ocasiones, aprecien lo que antes se restringía a pocas gentes, en escasos lugares y en raras ocasiones. El cine y el libro son dispositivos iguales. La televisión enseña simultáneamente a cincuenta millones de personas. Algunos creen que el va-

lor de la experiencia asimilada al leer un libro es disminuida debido a que otras muchas mentes lo han compartido. Esta noción está siempre implícita en frases tales como "medio de las masas", "diversión de las masas", frases inútiles que oscurecen el hecho de que el "idioma en sí mismo es un medio de las masas". *Hoy en día estamos en vía de comprender que los nuevos medios no son sólo dispositivos mecánicos que crean mundos de ilusión sino nuevos lenguajes con novedosos y únicos poderes de expresión.*

Históricamente, los medios del lenguaje han sido moldeados y expresados en formas nuevas y constantemente evolucionadas. La imprenta no sólo ha cambiado la cantidad de escritura, sino también el carácter del lenguaje y las relaciones entre los autores y el público. El cine, el radio y la televisión han impulsado al lenguaje escrito hacia los cambios espontáneos y a la libertad del modismo. Nos han ayudado a recobrar la intensa conciencia del lenguaje facial y del gesto corporal. Si estos medios masivos han servido sólo para debilitar o corromper los niveles previos alcanzados por la cultura verbal y pictórica no es por que exista nada malo inherente en ellos. Se debe a que hemos fracasado en el intento de dominarlos y asimilarlos a nuestra herencia cultural como nuevos lenguajes.

Estos nuevos adelantos, analizados detenidamente, están dirigidos hacia una estrategia cultural básica dentro del salón de clases. Cuando el primer libro impreso apareció, amenazó los procedimientos orales de la enseñanza y creó el aula escolar tal y como la conocemos hoy. En lu-

gar de hacer su propio texto, su propio diccionario o su gramática, el estudiante principió a usar los libros. Pudo estudiar no una, sino varias lenguas. Hoy estos nuevos medios amenazan, en lugar de reforzar, los procesos tradicionales del salón de clases. Es frecuente el combatir estas amenazas denunciando la mala calidad y el efecto nocivo del cine y de la televisión, del mismo modo que la revista de historietas fue temida, despreciada y rechazada del aula escolar. Sin embargo, sus buenas y malas cualidades, en forma y en contenido, hechas cuidadosamente a un lado de las diversas formas del arte y la narración, pueden convertirse para el profesor en medios valiosos para la enseñanza.

El interés del estudiante debe estar enfocado intensamente a la elucidación de otros problemas e intereses. "La labor educacional no es solamente proporcionar medios básicos de percepción, sino desarrollar el juicio y la discriminación de las experiencias sociales ordinarias".

Muy pocos estudiantes adquieren la habilidad de analizar los periódicos. Muy pocos pueden comentar inteligentemente una película. El tener una visión clara y poder diferenciar los hechos comunes y la información, son las características del hombre educado. "Es pernicioso suponer que existe una diferencia básica entre la educación y la diversión." Esto sería como diferenciar la poesía didáctica de la lírica, apoyándose en que la primera ilustra y la segunda divierte. No obstante, siempre ha sido una verdad que lo que divierte enseña más eficientemente.

por Marshall MacLuhan



MORFOLOGIA DEL HOMBRE EN LA LITERATURA

por Manuel Torre

La Literatura —historia universal del arte idiomático— nos revela al Hombre en íntimo correlato con los estados socio-políticos. La Literatura es una resultante de ese maravilloso sistema de fuerzas integrado por la cultura y la civilización, cuya diagonal ocupa en el cuadrilátero cronológico. En las sociedades feudales antiguas, de estructura teocrática, el hombre apenas cuenta literariamente. Es un mero auxiliar de los dioses. Está desprovisto de afectos, pasiones y personalidad. No se concibe a Rama (el Ramayana) o Ravana, ni menos a Pandou y Dhritara-chtra (el Mahabaratha) sino en su condición de héroes-dioses. Gilgamesh, el semidios asirio, Gengis el paladín nipón, Tlaloc y Huitzilopochtli en México. Osiris en Egipto, Huhnapú y Xbalanqué en el Mayab, Sansón en Israel, son máscaras humanas con atributos divinos. Y lo son tanto, que en su realidad cosmogónica, son los símbolos absolutos del Sol o de los dos grandes Luceros, humanizados bélicamente para fines narrativos. Las sociedades antiguas —lo hizo notar Spengler atinadamente— ignoran el valor categoremático de Tiempo y Espacio. Todo es mitología, lo que equivale a sueño gnóstico. La estructuración social, en castas, jerarquías y privilegios, no permite al hombre salir de las fronteras patrias. El hombre universal, el viajero terrestre es una excepción, casi milagrosa. El teatro griego —Esquilo, Aristofanes, Sófocles, Eurípides— sujeto a las tres uni-

dades de tiempo, espacio y acción, limita al Hombre reduciéndolo a comparsa de los dioses. Prometeo, Orestes, Eteocles y Polinice, Edipo, Electra, Antígona no son en puridad personas humanas, sino símbolos mitológicos con vestidura antropomórfica. Grecia lo antropomorfizó todo, para burlarse de sus mismos secretos astro-biológicos más recónditos. El lenguaje, la actitud, el desarrollo dramático del teatro helénico, y aún su misma tramoya, nos dan la impresión de un teocracismo esotérico humanizado para fines de escenificación ejemplar. Pareceré extraño a los idólatras. Pero podemos demostrarles que ni un solo personaje teatral de Esquilo, Sófocles o Eurípides es un Hombre de carne y hueso. Son puras entelequias y aun las figuras que se han supuesto más humanas, las femeninas, Casandra, Electra, Antígona, Ifigenia, Medea, son sencillas abstracciones míticas cuya actuación tiende a exhibir los remotos misterios gnósticos (peregrinaje del Hombre, rebelión contra la omnisciencia divina, división sexual primigenia, pugna solar y lunar, lucha entre los luceros matutino y vespertino o los gemelos Cástor y Pólux, incestos científicos alquímicos como el de Edipo y Yocasta, destierro de viejas leyes y normas religiosas y recuperación, como en las dos Ifigenias, etc., etc.). Los personajes de la Iliada, Aquiles, Héctor, Paris, Elena, Menelao y Ulises son ficciones astronómicas. No hay si-

no ver los símbolos del escudo aquilino, su nacimiento, su invulnerabilidad, el significado de Troya —el crisol alquímico donde pugnan ácidos y gases— y el rescate de Elena: el papel equilibrante de Antígona entre Eteocles y Polinice o sean los dos luceros frente a la Luna y la odisea de Edipo, símbolo magno del Cosmos, del Eter, de la Luz Astral y del Mercurio alquímico de cuyo incesto en el crisol surge el Oro filosófico, incesto familiar entre el Sol y la Luna, u Osiris e Isis o Adonis y Venus o Gilgamesh e Istar.

Hércules, Osiris, Rama, Dionisios, Prometeo, Edipo, Aquiles, Waeinaeinamoeinen, etc., son máscaras del Hombre. Y éste en la cultura clásica antigua, carece de expresión psicológica. El personaje Dios lo llena y justifica todo. Cuando el Héroe se enfrenta con Dios, se produce la catástrofe. Muere Prometeo y sucumbe Edipo y el mágico talón de Aquiles es taladrado por la lanza de Paris. El único hombre, Ulises, para retornar a Itaca, se ve obligado a experimentar una caudalosa serie de emancipaciones esotéricas y él mismo como su esposa Penélope, mueren con mortaja mítica. Cuando buceamos en las remotas culturas, pensamos lo que hubiera sido de la Humanidad y de su Historia integral si el Hombre en vez de dejar el sitio a los absurdos dioses, por miedo reverencial, hubiera sabido penetrar en su propia conciencia. Las religiones habrían sido tan sencillas que se habrían reducido a

himnos a la Naturaleza, perdiendo su convencional esoterismo mágico.

Es inútil por tanto, pretender buscar al Hombre en las sociedades antiguas: al tipo humano complejo, múltiple, sujeto social de responsabilidad. Para hallarlo es menester llegar, pasando por el feudalismo antiguo y medioeval y el prusianismo romano, al Renacimiento, aurora efectiva del Hombre. Y nunca estuvo mejor la connotación, por ser una resurrección integral de su naturaleza psíquica, hasta entonces atrofiada por el opio religioso, el látigo señorial y la filosofía tipo Maistre, "en torno a su habitación". Es increíble el por qué la vieja y valiosa máxima de la Academia: "Gnotí Seautón" (Conócete a ti mismo) hizo especular la Geometría, Retórica, Filosofía, Lógica, Música y otras disciplinas, menos la psicología, fundamento vital del hombre. No soñamos con una psicología organizada, pero sí con una filosofía humana, en lugar de las elucubraciones utópicas de Platón y las disquisiciones abstractas de Aristóteles. Sócrates —el único Hombre, en aquel caos— apenas rodea conceptos vagos, contornos eutrapélicos del deber, virtud, justicia y amor, aspectos básicamente abstractos del ser.

La personalidad del Hombre —la individualidad y la resonancia social— se modela a partir del siglo xv. Hasta entonces, aparte los ensayos éticos de Menandro y los burlescos de Aristófanes, los satíricos de Plauto y los pseudofilosóficos de Terencio, todo fue mitología, retórica y abstracción. Los libros caballerescos y los místicos son un retorno, una regresión a lo mítico, una salida de la personalidad, para hundirse en lo arquetípico abstracto. Fue "La Celestina" y anteriormente Juan Ruiz y después Juan Huarte con su "Ecamen de Ingenios" y finalmente Cervantes con sus biotipos de Quijote y Sancho, los puntos de partida para el humanismo. La psicología, todavía inorgánica, bordea ya los litorales del hombre, exhibiendo su sentido sexual, su vocación, su valor social, su libertad, su independencia de la divinidad, cuyos secretos mágicos descubre. Al penetrar en la esencia de las

antiguas religiones que tanto esclavizaron al hombre, éste halla su verdad en las leyes naturales, en las fórmulas químicas, en la numerología, y en los oráculos sacerdotales. El humanismo derroca el teocentrismo y la mitología de la civilización y establece el antropomorfismo al canalizar la cultura. Los aspectos humanos internos, esa riquísima gama de instantes de conciencia y de voluntad se manifiesta plásticamente en la Literatura por medio de tipos. Así surgen Don Quijote y Sancho, Gargantúa y Pantagruel, Don Juan Tenorio, Hamlet, Fausto, Pedro Crespo, Don García, Paulo y Enrico, etc., que revelan respectivamente el lado fáustico del ideal, de la realidad, de la "bonhomie", del deseo insatisfecho, del afecto filial, del ansia escrutadora de la síntesis humana, del espíritu de justicia, de la simulación y mentira, de la predestinación y el libre albedrío. Entre ellos, a manera de colofón del sentido vital del Hombre, afirmando su dominio en la naturaleza, se acendra la figura de Mefistófeles, postrer saludo de la divinidad en su retirada definitiva, dotado de forma, color y palabras a manera de la máscara del último mito, rescatado del cielo por la tierra de donde procede. La literatura exhibe sus Iliadas modernas con entidades humanas liberadas del tiempo, espacio y acción. ¿Acaso la vida, acaso el éter, la energía nuclear, han estado alguna vez sometidos a quietud o inercia? En el fluir vital universal, el Hombre es un átomo más cuyo núcleo maravilloso, la conciencia, emana de sí múltiples radiaciones que se traducen en actos. Hasta tiempos recientes, no se tuvo del Hombre en la literatura, otra idea que la del estatismo, la contemplación o el episodio mecánico entre los dioses o las fuerzas supremas. Del Humanismo para acá el corimbo o umbela psíquica, destronó por estéril al loto inerte del Budha Gauthama. Las gestas tratan a los dioses como lejanos auxiliares para los momentos de apuro de los héroes. El hombre desnuda en la escena su conciencia. Actúa polifacéticamente, siguiendo el símil espacial del átomo en espirales dinámicas que marcan épocas y modalidades sociales. No en vano para Thales

de Mileto el Hombre es un meteor social que sigue el curso de los astros en el cielo.

La cultura occidental ha derrotado a la del Oriente, basada en quietismo nirvánico, anhelo dionisiaco o sumisión a la Naturaleza y a los dioses. El hombre del clan y la horda, fue sedimentario en el burgo, el templo y el castillo. El gremio y el miedo lo tuvieron secularmente inerte, con la mirada fija en la altura. La ciudad moderna, ha devuelto al Hombre su dinámica, lo ha modelado como viajero y ciudadano universal. El concepto "ubi bene ibi patria" ha desplazado el quietismo hierático, el anhelo místico, la frontera hermética. Los dolores humanos de los que la Literatura es vehículo y apóstol, pertenecen hoy a todos los hombres sea cualquiera el rincón nativo, el color y el dios. La energética humana se expande a todos los ámbitos como la del átomo físico y ahora sí que con justeza puede escribirse la máxima de Terencio: "Homo sum et nihil a me alienum puto". La biotipología orgánica, el psicoanálisis, la psicotecnia, han modelado el nuevo Hombre, ahondando en su conciencia abismáticamente. El tiempo, el espacio, la acción, son hoy incommensurables. Un héroe como Aquiles o Rama, nos parecería hoy un muñeco automático o un atleta de olimpiada. A medida que las sociedades pierden su autocracia o su teocracia, el hombre literario se revela con mayor vigor. De Homero a Cervantes, hay la misma distancia que de una satrapía persa a una república socialista actual. La Literatura pues, ha de estudiarse hasta la cultura griega como una sumisión del hombre a los dioses. La Edad Media es un intento de explicar a Dios por la filosofía. El Renacimiento es el alba de la emancipación de la conciencia humana. Las artes todas, teatro, poesía, novela, danza, arquitectura, pintura, visten ya a los dioses con traje humano. El arte contemporáneo ha vestido al Hombre con hábitos divinos. Y ello no por inercia o poder místico, sino por el dominio absoluto de las fuerzas naturales que ya bosquejan la nueva cultura, de la que como quería Wells saldrán mañana los Hombres-dioses.

Van reproducidos *ad litteram*, por considerarlos todavía de actualidad, los párrafos que a continuación se copian:

La Real Academia Española fundada en Madrid en 1713 por iniciativa de don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, aprobada por el Rey Felipe V, creyó que era oportuno crear Academias Correspondientes en los países americanos, a fin de que con ella cuidaran de la pureza de la lengua castellana.

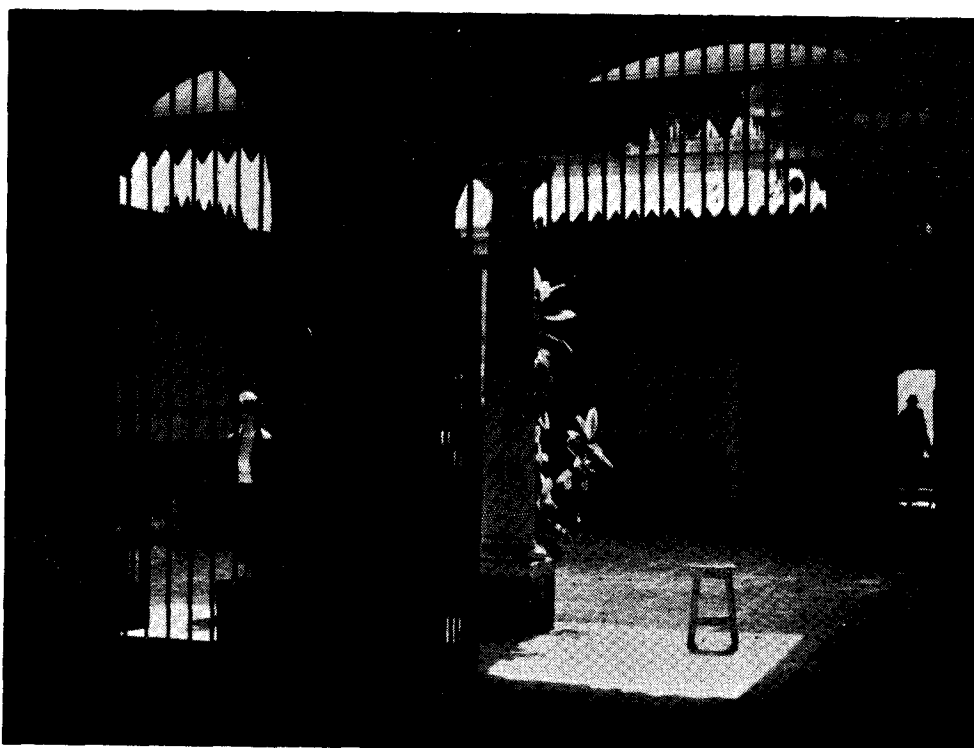
Fueron sugeridos en 1870 para formar la Mexicana los señores don Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de la República; el Ilmo. Sr. Dr. Juan Bautista Ormaechea, Obispo de Tulancingo; don José María de Bassoco; don Alejandro Arango y Escandón, don Casimiro del Collado, don Manuel Moreno y Jove, Deán de la Catedral Metropolitana, don Joaquín Cardoso, don José Fernando Ramírez, don Joaquín García Icazbalceta y don José Sebastián Segura.

De éstos murieron Moreno y Jove y Ramírez; en juntas privadas los restantes escogieron a don Francisco Pimentel, don José María Roa Bárcena, don Rafael Angel de la Peña, don Manuel Peredo y don Manuel Orozco y Berra, y en 11 de septiembre de 1875 celebraron su sesión inaugural, bajo la Presidencia del señor don José María de Bassoco. La Academia efectuó aquella reunión en la casa de su primer bibliotecario, don Alejandro Arango y Escandón, en la antigua calle de Medinas No. 6, hoy No. 86 de la República de Cuba.

Desde luego se designaron para regirla un Presidente, un Secretario, un Censor, un Bibliotecario y un Tesorero. Fue el primer Secretario el ilustre hombre de letras don Joaquín García Icazbalceta, y las actas de las sesiones constituyen la mejor muestra de lo que ha sido la intensa labor de la Academia desde su fundación.

A ella, como a la Real Española, han pertenecido los hombres de letras más ilustres; en la inteligencia de que ha habido no solamente filósofos y gramáticos, sino ensayistas, poetas, novelistas, historiadores, humanistas, y bastará citar algunos nombres para darse cuenta de la extraordinaria calidad de los miembros de la Academia.

Origen y breve reseña histórica de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española



Desde luego son verdaderamente notables los de los fundadores, pero vinieron después escritores como don Francisco Sosa y don José María Marroqui; don José Peón Contreras y don Alfredo Chavero; don Ignacio Aguilar y Marocho y don Francisco del Paso y Troncoso; y un poco después, don Francisco de P. Labastida y don José María Vigil; don Joaquín D. Casasús y don Justo Sierra; los obispos don Ignacio Montes de Oca y Obregón y don Joaquín Arcadio Pagaza; don Emilio Rabasa y don José López Portillo y Rojas; y en época más cercana, don Rafael Delgado y don Federico Gamboa; don Luis González Obregón y don Manuel José

Othón; don Juan de Dios Peza y don Enrique Fernández Granados; don Federico Escobedo y don Enrique González Martínez; don Victoriano Salado Alvarez y don Carlos Díaz Dufoo; don Amado Nervo y don Luis G. Urbina; y se mencionan éstos sólo para recordar algunos de los muchos distinguidísimos que aparecen en la nómina que viene en seguida.

La Academia, que comenzó a funcionar con doce miembros, ha elevado después aquella cifra a 36 de número y 36 correspondientes fuera del Distrito Federal.

El Gobierno de la República, presidido por el señor Académico Dr. D. Miguel Alemán, le concedió un patrimonio en fi-

deicomiso, y la Academia se constituyó en asociación civil el 22 de diciembre de 1952; de esta misma fecha son los Estatutos que la rigen.

La Academia Mexicana —que mantiene magníficas relaciones con las demás Academias— ha publicado diecisiete volúmenes de Memorias; se tiene ya reunido el material para el tomo XVIII, que en breve entrará en prensa. Además de sus sesiones privadas ha celebrado sesiones públicas mensuales, en los últimos años. Según se decía en el Anuario precedente, organizó el primer Congreso de Academias de la Lengua Española, que se efectuó en esta ciudad de México en abril de 1951, del que surgió, mediante su Comisión Permanente, la Asociación de Academias de la Lengua Española, formada por todas las Academias y confirmada en el segundo Congreso, celebrado en Madrid en 1956.

Como también se anotaba en el Anuario de 1962, el 7 de agosto de 1956 la Academia adquirió en propiedad, para establecer en ella su domicilio oficial, la casa número 66 de la calle de Donceles, y lo inauguró el 15 de febrero de 1957, bajo la presidencia del señor licenciado José Angel Ceniceros, Secretario de Educación Pública, en representación del señor Presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines.

El 27 de diciembre de 1959 falleció el Director y muy ilustre escritor Dr. don Alfonso Reyes; y el día 14 de octubre de 1960 fue electo, para sustituirlo, el bien conocido hombre de letras Dr. Francisco Monterde.

El acervo de la biblioteca de la corporación ha venido en creciente aumento; en primer lugar, debido a la adquisición de la que fue biblioteca del señor académico don Alejandro Quijano, comprada por el Gobierno del señor Lic. don Adolfo López Mateos, por gestiones del señor académico Dr. don Jaime Torres Bodet, y donada a la Academia. Después, la señora doña Gracia Córdova viuda de Núñez y Domínguez obsequió a la corporación con un importante lote de libros que fueron de la biblioteca del señor académico don José de J. Núñez y Domínguez.

A los envíos de libros publicados por los señores académicos se agregan los debidos a la Cámara Española de Comercio e Industria que ofreció a la Academia obsequiarla con buen número de libros procedentes de editoriales españolas que tienen fondos en México, pues las casas de M. Aguilar, Editorial Gustavo Gili de México, S. A., Editorial Labor Mexicana, S. de R. L. y Ediciones Rialp, S. A., han entregado ya los primeros.

Como un merecido homenaje al señor Carreño, la biblioteca lleva su nombre.

En 1963 la Academia constituyó la Comisión Permanente de Consultas sobre Vocabulario, que se encarga especialmente de resolver las que se dirigen a la corporación, y a principios del año en curso se reinstaló la Comisión de Publicaciones.

José Ignacio DAVILA GARIBI
Secretario Perpetuo



FRANCISCO MONTERDE

En el capítulo sobre el lenguaje de su genial obra *Ingleses, Franceses, Españoles*, Madariaga nos dice: "Una discusión gramatical en Inglaterra es casi inconcebible, porque en Inglaterra no hay gramática y, además, la gramática es cosa de teoría; en Francia es rara, porque la gramática es tan conocida y respetada que no inspira conversación, mientras que en España las reglas gramaticales y sus excepciones son tan numerosas, y, sobre todo, la evolución de excepciones y reglas tan intrincada, que el asunto se halla en perpetua vitalidad. De aquí la situación especial que ocupa la Academia Española. ¿Por qué una Academia en España? Desde luego por imitación de la Academia Francesa. Mas, mientras en Inglaterra la autoridad cohesiva sobre la lengua procede de una dirección social, y en Francia del gobierno o asamblea de la República de las letras que se llama la Academia Francesa, en España la verdadera dirección de la evolución lingüística viene del pueblo —el pueblo de todas las clases sociales, desde luego, pero pueblo, en cuanto que no conoce ni organización ni jerarquía—. La Academia decreta esto o lo otro y, como era de esperar, se olvida con frecuencia de la realidad. Hasta fecha reciente,* por ejemplo, insistió en definir la pronunciación de la V como equivalente a la V inglesa o francesa, ignorando el hecho patente que el pueblo español se niega a distinguir esa letra de la B. Así, pues, en cuestión de Academias como en cuestión de gramática, nuestra comparación va a dar a una conclusión idéntica. En Inglaterra ni lo uno ni lo otro; en Francia, gramática y Academia en armonía con el genio nacional, y, por consiguiente, ambas respetadas; en España, gramática y Academia extrañas al genio nacional, y, por consiguiente, ambas al margen de la vida del pueblo".

En el capítulo Artes y Letras nos señala el mismo autor refiriéndose a España que "En ningún país se escribe con mayor independencia de to-

da regla literaria, y, sin embargo, en ningún país se cree en las reglas literarias con más ingenua fe. Mientras el intelecto crítico del español afirma las reglas del juego literario, su espíritu creador las quiebra; y esta exposición aparece aún en la misma persona. Docenas de nombres podrían citarse aquí en prueba de este aserto, pero quizá baste con el de Cervantes. El Quijote es a la vez la obra maestra de la libertad literaria independiente de toda regla y el formulario y definición de los preceptos que Cervantes respetaba en teoría y, afortunadamente, solía olvidar en la práctica".

Don Francisco Monterde García Icazbalceta y Adalid, nace en la ciudad de México el 9 de agosto de 1894, consagrando su vida al periodismo, al teatro y a la cátedra. Fue subdirector de la Biblioteca Nacional en 1930, director de la Biblioteca del Museo Nacional de Arqueología e Historia el año siguiente. Estuvo al frente del Servicio Editorial de la Imprenta Universitaria, desde 1939 hasta 1950. Ingresó a la Academia Mexicana en 1939, siendo entonces director don Federico Gamboa. En 1942 se doctoró en Letras. Ya en el año 1918 habían aparecido sus novelas cortas: *El Madrigal de Cetina* y *El Secreto de la Escala*. En 1922 publicó *Los Virreyes de la Nueva España* y en 1943 *El Temor de Hernán Cortés*. En 1961 ediciones "Unicornio" publicó *El Cuaderno de Estampas* de don Francisco Monterde, en el que reúne una treintena de prosas sobre temas virreinales, con otras cuatro o cinco prehispánicas, escritas entre 1916 y 1920.

(Datos tomados de *Con la Prosa de la Nueva España* de Antonio Rius F.).

* Este ensayo fue escrito en forma de dos cursos de conferencias dadas en los veranos de 1926 y 1927 en el Instituto de Estudios Internacionales. Ginebra, Suiza.

"Fija, limpia y da esplendor". Acabábamos de traspasar los umbrales de la casa donde radica la Academia Mexicana de la Lengua; su director, el escritor y poeta Francisco Monterde, hidalgo puntual, nos estaba esperando.

Es Monterde hombre de clara inteligencia y de una amabilidad y sencillez muy mexicanas.

En tan noble casa y en tan grata compañía, nosotros, nos sentimos como pájaro en el aire o pez en el agua: sumamente a gusto. El tiempo, se nos fue allí, como barca a favor de la corriente, sin percatarnos de que transcurría. Fueron dos horas más o menos lo que duró nuestra plática, sin embargo, al salir creímos que el tiempo ido no había sobrepasado dos fugaces minutos.

Francisco Monterde nació en México el 9 de agosto de 1894. Hizo sus estudios en la Universidad Nacional de México, donde se graduó en Letras en 1941 y de Doctor en Letras especializado en Lengua y Literatura Españolas en 1942. Fue profesor de literatura desde 1923 hasta 1965. Ha sido Subdirector de la Biblioteca Nacional, Director del Museo Nacional de Arqueología e Historia entre otros de los muchos cargos que ha ocupado a lo largo de su vida. Ha dado conferencias en varias universidades del país y del extranjero y en diversas ciudades del Viejo Mundo.

Su obra literaria es muy extensa y variada. Ha escrito en verso y prosa, colaborando en las más importantes revistas de lengua española. Muchos de sus trabajos han sido traducidos al inglés, francés y portugués. Actualmente tiene en preparación varias obras como son: "Panorama de la Literatura Mexicana", una biografía sobre Fernando Calderón, un ensayo sobre los orígenes del cuento literario en México y otro sobre aspectos de la literatura iberoamericana. Francisco Monterde es un escritor incansable y siempre joven que a los 74 años de su vida continúa trabajando con tanta o más energía e ilusión que en sus años mozos. Felizmente no aparenta la edad que tiene. Y es curioso esto de los presidentes y directores de academias de la lengua, que a edad avanzada siguen lúcidos realizando su

ENTREVISTA



**Don Francisco Monterde,
Director de la Academia
Mexicana de la Lengua.**

trabajo; ante él recordamos al recientemente fallecido don Ramón Menéndez y Pidal. Pues en lo esencial creímos advertir entre ambos una muy notable semejanza.

Comenzamos nuestra entrevista bajo la fluidez que él sabe imprimirle a su siempre aménisima plática.

NORTE.—¿Desde cuándo es usted Director de la Academia Mexicana de la Lengua?

MONTERDE.—Desde hace ocho años, que se cumplieron el 12 de octubre. Acabo de ser reelecto por otros cuatro años, según los estatutos. Cada vez que se ha presentado esta situación de la reelección pido a mis colegas que me dejen ser, excepcionalmente, el primer director que salga por sus pies de la Academia, aunque no, de hecho, es un cargo vitalicio. Siempre, la Academia, ha rehusado aceptar renunciaciones y dejar de reelegir director. Antes de Alfonso Reyes el cargo era vitalicio, pero con don Alfonso volvió la tradición de sostener de por vida al director. Por razones de salud, Reyes, pretendió dejar la Academia, pero preferimos que continuara en su puesto aunque no asistiera a las sesiones cuando su salud se lo impidiera.

NORTE.—¿Cuál es la función y relación de la Academia Mexicana con la Española?

MONTERDE.—Nuestra relación con la Academia Española de la Lengua es la misma que con el resto de las academias de habla española. Gracias a la iniciativa, que partió de México de celebrar periódicamente congresos de academia, hemos celebrado cinco congresos. En 1951 fue el primero, y en diecisiete años hemos celebrado otros cuatro congresos: en Madrid, Bogotá, Buenos Aires y Quito. Desde que se iniciaron los congresos todas las academias trabajamos como hermanas y desapareció de hecho la tutela que ejercía la Academia Española, aunque reconocemos a la Academia Española como centro coordinador de actividades a través de una comisión integrada por miembros de las distintas academias, que van renovándose.

NORTE.—¿Encuentran ustedes muchas dificultades con la Academia Española de la Lengua para que les autoricen nuevas formas idiomáticas?

MONTERDE.—Ningunas. Puedo afirmar que nunca la Academia Española rehusó nuestras proposiciones acerca de la introducción o aceptación de nuevas voces o acepciones. El único requisito es que los neologismos no resulten superfluos. Esta fue la norma que yo propuse en el último congreso, en Quito, a este respecto.

NORTE.—Todos sabemos que la Academia Española, al fin ha aceptado la famosa *X* de México. ¿Desde cuándo y por qué se usa esta forma?

MONTERDE.—En realidad la proposición presentada en el último congreso consistió en pedir que se conserve la *X* en las voces indígenas que por su etimología o su origen las lleven, tanto en los sustantivos como en las voces afines. La *X* se usó en el siglo XVI para representar un sonido equivalente a *sh*. En algunos casos, porque los españoles oían pronunciar Meshico y Meshica, y en vez de esas dos letras ponían ellos la *X*. Después cambió la pronunciación a *J*, pero nosotros la seguimos escribiendo con *X* por respeto a la forma inicial que se escribió. En general, se ha conservado la *X* que después pasó en unas lenguas a *J* y en otras a *G*, como sucedió en la lengua italiana.

NORTE.—¿Qué hace la Academia Mexicana para pulir nuestra lengua frente a los modismos anglosajones, como *reporte* entre otros?

MONTERDE.—Procedemos desde luego en dos maneras. Primero si tiene una voz equivalente para expresar la misma idea en nuestra lengua lo rechazamos. Segundo si carece de esa voz lo aceptamos castellanizándolo, como es el caso de *reporte*. Pero lo que nos importa a las academias es que se uniforme la lengua y se llame a un objeto en todas partes de la misma manera. Mire usted, la pluma que está usando en estos momentos la lla-

mamos aquí atómica, nada más porque coincidió su lanzamiento al mercado con el de la primera bomba atómica. En España la llaman bolígrafo, pero la voz adecuada sería esferógrafo. A nuestro juicio la Academia Española tiene la manga muy ancha en algunos casos, puesto que ha aceptado galicismos y anglicismos que antes proscribía, como es el caso de avalancha, cuando en castellano tenemos alud. Se comprende su actitud por haber aceptado esta palabra entre otras similares que tienen un claro equivalente en lengua española, pues ante la presión de las gentes la Academia se ve obligada a aceptarlas. Al fin de cuentas el uso es el que acaba por imponer las palabras.

NORTE.—¿Qué relación tiene la Academia de la Lengua con el Gobierno?

MONTERDE.—Económicamente recibimos lo suficiente para cubrir el déficit de los gastos de sostenimiento de la Academia desde los tres últimos años. Aunque no oficialmente se nos considera como un cuerpo consultativo por las diversas Secretarías de Estado que nos hacen consultas sobre problemas lingüísticos. Lo mismo que nos las hacen las empresas y los particulares. Todos nos consideran como autoridad en cuestiones de lengua. Incluso los jueces nos aceptan como peritos. Al fallar un caso toman en cuenta nuestra opinión en sus fallos con respecto a la terminología.

NORTE.—¿Qué trámites debería seguir cualquier mexicano para convertirse en académico de la lengua?

MONTERDE.—Ninguno. La Academia Mexicana no funciona como la francesa. Es decir, no admite a la autopostulación. Aquí, el candidato a académico, en los casos de sillones vacantes, se elige en vista de las proposiciones presentadas por tres miembros de número, que previamente consultan a la directi-

va, si ésta da su aquiescencia, la propuesta se discute en sesión reglamentaria y un mes después se lleva a votación. Si reúne mayoría de votos el propuesto es aceptado, aunque siempre se consulta a éste antes de llevar su votación a candidatura. El número de individuos que integran la academia es de treinta y seis de número y treinta y seis correspondientes, que son los que radican fuera del Distrito Federal, en la República o en el extranjero.

NORTE.—¿Hay diferencias entre el lenguaje empleado por los escritores peninsulares y los latinoamericanos?

MONTERDE.—Sí, creo que hay diferencias de matiz, desde luego en cuanto a la pronunciación de la *C* y de la *Z*, más que de la *B* y la *V*. Y además las voces y giros locales que la misma Academia Española acepta cuando se generalizan. En los últimos congresos se aprobó suprimir la voz *americanismo* que aparecía en anteriores diccionarios, porque se consideró que el diccionario de la Academia Española es el diccionario común para todos los pueblos de habla castellana. Con igual derecho aparece allí una voz que se usa sólo en España que otra que sólo se usa en América hispana.

NORTE.—¿En qué fuentes cree usted que debería nutrirse el escritor mexicano para pulir su idioma?

MONTERDE.—En los clásicos del idioma propio, sean españoles o hispanoamericanos.

NORTE.—Yo, personalmente, he observado que los escritores mexicanos más connotados, como son Martín Luis Guzmán, Pellicer, Novo, Arreola, Gorostiza, Abreu Gómez, etc., se nutrieron de la literatura clásica española, mientras que los que no se alimentaron de estas fuentes, dejan mucho que desear. ¿No cree usted que esto es un síntoma muy digno de tenerse en cuenta por

las nuevas generaciones de escritores?

MONTERDE.—Desde luego, si la generación actual tiende a ser cosmopolita como lo fueron los modernistas y se olvidan un poco o un mucho de lo propio, es quizá porque no comprenden que a lo universal se llega a través de lo nacional.

NORTE.—¿Cómo ve usted el panorama literario en México?

MONTERDE.—Lo veo muy interesante, en efervescencia, en ebullición. Veo en los novelistas jóvenes una cierta proclividad que los hace ir por una pendiente hacia la pornografía que naturalmente es muy solicitada, sea o no de calidad literaria, pero confío en que ellos mismos sean los que se definan como literatos cuando en realidad lo sean. El teatro me parece mejor orientado que la novela, aunque a veces atrae a novelistas que emplean en él recursos análogos al que usan en sus novelas. En la poesía veo que hay dos caminos: el que la acerca más a la prosa por la libertad del verso y el que vuelve a los cauces y los moldes clásicos.

NORTE.—¿A qué autores mexicanos destacaría usted por la limpieza y perfección de su idioma?

MONTERDE.—Son muchos, pero yo daría un solo ejemplo para cada género. Novela: Arreola. Teatro: Usigli. Poesía: Pellicer.

NORTE.—¿Desde cuándo data la Academia Mexicana de la Lengua?

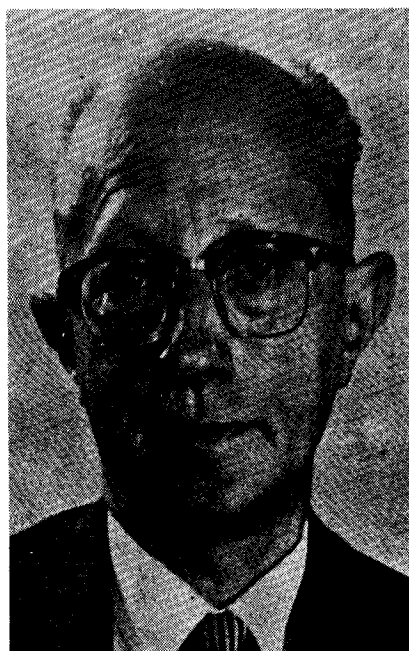
MONTERDE.—Desde 1875. En ese año se fundó y no ha dejado de trabajar desde entonces.

NORTE.—Hablemos de su obra personal. ¿Cómo comenzó su carrera literaria?

MONTERDE.—Comencé en realidad por escribir para el teatro.

NORTE.—¿Cuál fue su primer libro?

MONTERDE.—*El Madrigal de Cetina*, publicado en junio de 1918. Pero este libro en reali-



CINCUENTA AÑOS DE ESCRITOR

FRANCISCO MONTERDE

EL TEMOR DE HERNAN CORTES



México, 1943

dad iba a ser el segundo, porque dos años antes se quemó mi primer libro al incendiarse la imprenta donde iba a ser editado. Era un libro que yo titulaba *Arcas de la Nueva España*. A este libro le guardé dos años de luto y aproveché parte de las ilustraciones y grabados que se pudieron salvar para la primera edición de *El Madrigal de Cetina*.

NORTE.—¿Qué libro de la literatura universal tiene usted en más alto aprecio?

MONTERDE.—*El Quijote*.

NORTE.—¿Cuáles son sus autores preferidos?

MONTERDE.—Platón, Virgilio, Shakespeare, Cervantes, Dante, Dostoiévski, Ruiz de Alarcón, Sor Juana...

NORTE.—¿A qué autor mexicano actual consideraría usted digno del Premio Nóbel?

MONTERDE.—Nosotros propusimos ya una vez a Alfonso Reyes, nada más que no supimos conducir bien la propuesta. Actualmente estamos pensando en otro candidato, ya se verá en su oportunidad. Por ahora no puedo decirle más.

NORTE.—Lástima, lo sentimos por nuestros lectores. Bien, ¿qué aconsejaría como director de la Academia, a un joven con vocación literaria?

MONTERDE.—Que comience por aprender su lengua, que es la base. Lo demás le será dado por añadidura.

NORTE.—Una última pregunta. ¿Qué libro sobre el idioma español escrito en los últimos tiempos, considera usted más importante, para el conocimiento de nuestra lengua?

MONTERDE.—*La Historia de la Lengua Española*, por don Rafael Lapesa.

Y aquí pusimos fin a nuestra plática con don Francisco Monterde; fino poeta, gran escritor y Director de la Academia Mexicana de la Lengua donde se fija, se limpia y se da esplendor a nuestro rico idioma.

CINCUENTA AÑOS DE ESCRITOR

PALABRAS DEL SEÑOR ACADEMICO DON SALVADOR NOVO, EN LA COMIDA CON QUE LA ACADEMIA MEXICANA CELEBRO EL CINCUENTENARIO, COMO ESCRITOR, DEL DIRECTOR DON FRANCISCO MONTERDE.

¿A cuál de los títulos que me puedan relacionar con la persona estimabilísima cuyos primeros, fecundos, laboriosos cincuenta años de fervorosa consagración a las letras hoy celebramos puede la muy modesta mía atribuir el privilegio de ofrecerle, con este frugal refrigerio, el sencillo, pero muy cordial homenaje que los académicos mexicanos de la lengua rinden a su Director?

Tardío, aunque empeñoso, aficionado a la arqueología como la senilidad me ha inclinado a mostrarme, excavo entre mis más arcaicos recuerdos: de la era preclásica, u olmeca, de nuestras letras, la imagen de un Francisco Monterde y García Icazbalceta que, joven escritor, sucumbió como entonces todos a la epidemia colonialista que hizo presa definitiva suya a nuestro llorado don Artemio; pero que en Francisco Monterde, más que en otro colega académico desaparecido: Julio Jiménez Rueda, fue al fin un pasajero sarampión.

De aquella misma época, o "era", parte en Francisco Monterde otra rama vigorosa de su actividad: su afición al teatro. Empezó a ejercerla como el ponderado y lúcido cronista que muchos años, en "El Universal", juzgaba los estrenos y orientaba sobre ellos: pero también, valiosamente, se vinculó a los románticos autores mexicanos que pirandelizaron por los veinte y vieron estrenadas sus obras en breves, esforzadas, temporadas. El erudito que hay en Monterde abrevó su sed de investigación congenial, y sirvió con amplitud a la historia del teatro mexicano, con allegar laboriosamente los cientos de fichas que integran su no superada Bibliografía del Teatro en México.

Jubilado como cronista: parco como autor, sigue empero asistiendo como gustoso espectador a todos los teatros. Yo, en ellos, descanso persuadido de que en el intermedio puedo tener el doble gusto de saludarle —y de que Pía me convide uno de los caramelos que ya sabe que yo espero de su amistad, y que ella siempre trae, con Panchito, en el bolso.

Mientras di clases en la Universidad, en ella solíamos coincidir, como ahora mismo en la Escuela de Teatro en que él explica su Historia. Pero aun alejado de la docencia universitaria, el nombre y los trabajos de Francisco Monterde vuelven a mi admiración y a mis manos en los prólogos, estudios, adiciones, de la Biblioteca Literaria del Estudiante que él dirigió mucho tiempo; porque entre muchas otras cosas, Francisco Monterde sabe imprimir, y no sólo escribir libros.

¿Necesito traer a la memoria de quienes me escuchan las circunstancias tempestuosas que en cierto momento sacudieron a corporación tan apa-

cible como se supone a la Academia Mexicana de la Lengua? Fallecido el opulento don Alejandro: pronto extinta la vida del enfermizo Alfonso, comenzó por el trono vacante una de aquellas pugnas que cada seis años alteran un poco la inercia democrática de nuestro país, e inclinan por éste o aquél pretapado las simpatías que al fin confluyen en adhesiones al destapado.

Nuestra pequeña democracia académica es, a su medida, menos turbulenta, y menos periódicamente víctima de sismos políticos. Aquí —tan triste como venturosamente—, ni el trono virtual de la Dirección es codiciado porque sea lucrativo, ni los imaginarios sillones se ocupan si no es porque sus huéspedes emprendan el inevitable, aun diferido, viaje al Mictlan. Nuestra aristocrática democracia se ejerce en pequeño y en la privacía de un mecanismo de elecciones-selecciones durante las cuales apenas si aflora, manifiesto en discrepancias, un general deseo de que quienes adven-gan a ocupar sillones, sean dignos de suceder a quienes los abandonaron. Una vez resuelto el caso: apurado el vaso en que se produjo la tempestad, todos volvemos a la paz y a la convivencia que tan cuerdamente predicán —académicos de esta vasta corporación poliglota que es el Planeta— Kruschév, Juan XXIII, Juan F. Kennedy y este propulsor de la paz de quien tenemos el orgullo de que un colega nuestro sea Subsecretario: el Presidente, potencial académico, López Mateos.

Hubo, pues, vacante de Director; y barruntos concomitantes de tormenta. Y fue entonces cuando la acertada designación recayó en Francisco Monterde. Méritos académicos, le sobran; pero aparte, le adornaban virtudes de paciencia, ecuanimidad, tolerancia —y una carencia de enemigos que, por inopinada, raya en la inopia.

Cincuenta años: un siglo casi de los Mexicanos, lleva Francisco Monterde, como decían los escritores elegantes en bella metáfora, de "fatigar las prensas". Y este cincuentenario: esta atadura de años, encuentra —alto en el largo, venturoso camino— premiado el esfuerzo con el respeto y la estimación de las generaciones que le han tenido por maestro: con el amor y la dulzura de su compañera: con el título honroso de Director de la Academia Mexicana de la Lengua.

Buscaba yo, al principio de estas palabras, el que me otorgara el derecho a ofrecerle, en nombre de mis ilustres colegas, esta comida.

Aspiro a haberlo hallado en la certidumbre de que sea yo, entre los presentes, acaso el más antiguo de los amigos pre-académicos de quien, en la intimidad de nuestro trato, ha sido siempre "Panchito" Monterde.

Y con ese carácter, invito a mis colegas a acompañarme en infringir la austeridad recomendada por médicos dictatoriales —y a alzar esta copa en brindis cordialísimo por la ventura de nuestro querido Director.

Tomado de las MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA. Correspondiente de la Española, 1968.

UN CUENTO DE FRANCISCO MONTERDE

larina suspendida sobre un fondo de playa, los brazos en alto, era para él una nadadora que se lanzaba al mar de cabeza.

La lectora alzó la frente: en su rostro, empolvado con exceso, se ahondaban unas trágicas ojeras de Pierrot decorativo. Pablo sintió el vértigo de aquellos ojos sin fondo, y levantó la vista, para explorar el camino, a través del cristal; pero el cristal le devolvió su imagen. En ese momento, Pablo descubrió que se parecía al inventor de las navajas "Gillette", según aparece retratado en los sobres que guardan las hojas perforadas.

El parecido le disgustó, y sus labios se unieron con fuerza. Los ojos —rayos X— traspasaron al fin su propia imagen, para explorar la fila de casas: muros sombríos y telones de claridad en los vanos abiertos. En algunos, las puertas contenían a medias la luz que se derramaba por las rendijas o por el antepecho de cristales, como el agua retenida en una presa.

Cuando reconoció la calle anterior a aquella en que descendería, sacó del chaleco una monedita de plata. Un foco amarillo se la volvió, por un momento de oro. La moneda obró el prodigio y las dos puertas del costado se abrieron simétricas.

Pablo descendió, con gesto de autómatas. ¿Iría a su casa aquella noche? Ir equivalía a afrontar el deshonor, la tragedia y después la tragicomedia de la publicidad, el alboroto de la prensa, lo teatral de la "justicia" humana. Tomar otro rumbo, era escapar de todo eso para conservar sólo —tornillo sin fin— la duda.

Indeciso, echó a andar por la calle. Casi todas las casas de comercio tenían ya puesto el cinturón de castidad: las cortinas de acero, sobre la entrada y los escaparates. En una tien-

da colgaba un collar de chorizos. Al pasar bajo las vigas que apuntalaban un edificio semi-ruinoso, añadió, con su cuerpo, el rasgo vertical que le faltaba a la N.

Dejó de pensar en el anónimo: quiso convencerse de que ya le había puesto esa cruz con que se entierran, en el calendario, los días muertos. Pasaba frente a un parque: gracias al césped, la tierra parecía haber recobrado la convexidad que le han ido quitando los hombres. De un restaurante se escapaban —furtivas *girls* de espectáculo cosmopolita— notas de *blues*, y el viento movía los arbolillos a compás con la orquesta. Pablo lanzó una mirada distraída al interior, cuadriculado por los breves cristales de la vidriera, como el dibujo de un principiante. Un meserita, extática, le sonrió caninamente. Pablo no se detuvo; el reflejo de un anuncio luminoso le escamoteó la visión en los cristales.

Pisaba, con pasos de autómatas, el cemento combo, agrietado en polígonos: concha de tortuga. Al dar vuelta a la esquina, se cruzó con dos músicos que cargaban un contrabajo; tenían un aspecto fúnebre, ¿lo irían a sepultar, metido en su funda negra? Involuntariamente, asaltado por ideas oscuras, Pablo palpó su revólver; echó mano al bolsillo posterior del pantalón, con un movimiento retorcido como rasgo de monograma; pero, en vez del revólver, sacó el llavero. Estaba frente al zaguán de su casa —edificio opaco, gris—, casa de matrimonio sin hijos.

Empujó, silencioso, la puerta. La escalera se encabritó ante él y en el primer escalón enarcó su lomo negro un gato. Al pasar sobre el lomo con suavidad la mano, produjo breve crepitar eléctrico y recibió, en re-

Se sentía ridículo como ese eterno marido burlado: el ángulo obtuso, que no puede faltar dentro del triángulo frecuente en las comedias francesas.

La ira sorda se mezclaba, en buena dosis, con su tristeza. Al leer el pliego anónimo que llevaba, arrugado, en una de las bolsas del abrigo —la misma, por casual ironía, en que guardó antes el estuche con la joya adquirida para celebrar el aniversario conyugal—, se sintió triste, de pronto, como si le acabaran de dar la noticia de que se le había quemado un billete de lotería favorecido con el premio mayor; aunque esa noticia le hubiera parecido menos extraordinaria que aquella otra revelación absurda; su honor estaba mancillado.

Estas palabras le habían sonado siempre huecas, melodramáticas: monedas de los tiempos de don Pedro Calderón de la Barca y de Lope de Vega, retiradas de la circulación y relegadas a colecciones de numismática.

Pablo gustaba de tal comparación, pues era, por terquedad de la vida, comerciante en casimires; por vocación, coleccionista de monedas nacionales. Se ufanaba de haber reunido, en estuches afelpados, desde las "macuquinas", hasta las más raras de las monedas de la Revolución. El honor había adquirido de pronto, para él, un claro timbre de cuño reciente.

Ese vocablo llenaba su cabeza de sonoras resonancias que chocaban, mareándole, contra las paredes de su cráneo, y sentía éste convertido en algo así como uno de esos globos metálicos en que las imágenes reflejadas se deforman al empequeñecerse.

Pablo iba en un tranvía urbano, erguido frente a una señorita que leía, sentada, una revista con ilustraciones. La bai-

UN ANONIMO

compensa, la felina mirada verde, plácida burbuja de un nivel.

Mientras subía la escalera deslizándose por el pasillo con cautela idéntica a la del gato, pensaba en cosas incongruentes: de niño, a causa de una hernia, había tenido que llevar fajero, con una moneda sobre el vientre; ¿de eso provendría su afición a la numismática?

Sobre el último escalón, Pablo se detuvo; escuchó: risas y voces confusas. Corría un hilo de luz bajo la puerta cerrada. ¿La empujaría con un hombro? Dudó. Hizo girar, lento, el picaporte. Nadie, las risas y las voces venían de otra pieza. Avanzó, con la mano sobre el bolsillo que guardaba el revólver. Las dos hojas de la puerta azotaron bajo su impulso. Mató la risa un doble grito ahogado. Su mujer se incorporó; en sus pupilas dilatadas el terror había dejado caer una gota de atropina. Pablo dio un paso, la mano sobre el revólver, y de pronto se detuvo, sorprendido como un astrónomo que al abrir los ojos, en otro mundo, advirtiera que las constelaciones habían cambiado de sitio; sobre la mesa había una muñeca a medio vestir, y detrás de su mujer, al nivel de la cintura, asomaba un rostro de niña. La mujer habló:

—¿Qué susto, Pablo! ¿Por qué entraste así, de pronto?

Mostrando a la niña, dijo mientras él seguía mudo:

—Es la hija de la viuda, nuestra vecina... Vino a rogarme que le vistiera su muñeca.

Pablo sintió mojados los ojos, y un vacío brusco en el estómago, igual que si bajara, rápidamente, en ascensor. La mano pasó del bolsillo del pantalón al del abrigo, y sacó, juntos, el estuche y el papel arrugado:

—Toma.

—¿Qué es? —La mujer tendió la mano, para recibir el estuche.

—Un anónimo.

—¿Qué?

—Quise decir un estuche: tu obsequio de aniversario.

La mano recibió el estuche; el papel revoloteó hasta llegar al suelo.

Allí, debajo de la mesa, lo encontró al día siguiente la escoba.

Una moneda de oro y otros cuentos. 1965.

EDICIONES DE LA U.N.A.M.

ESTUDIOS DE HISTORIA NOVOHISPANA



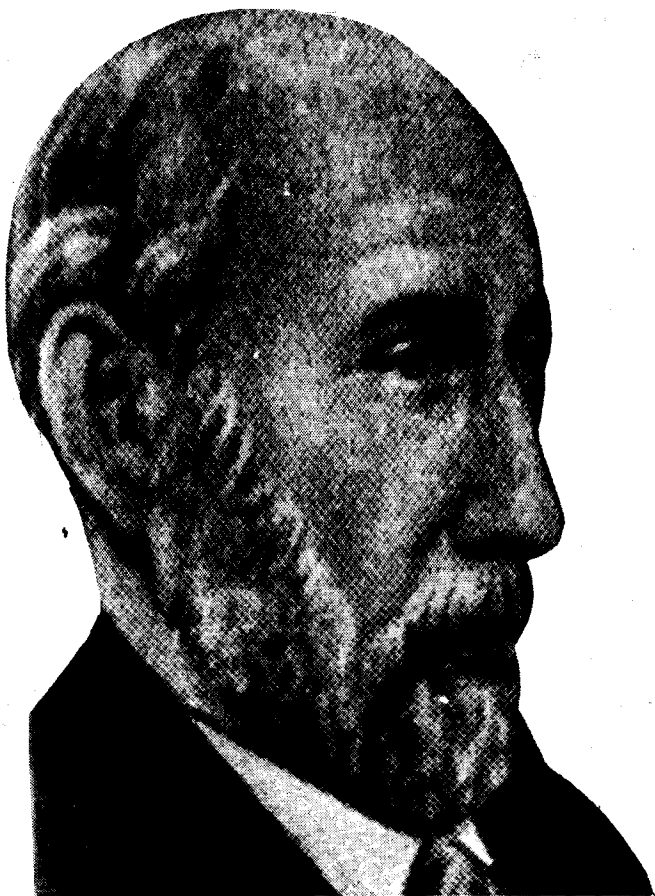
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
VOLUMEN II
MÉXICO, 1968

Primera edición, 1968. 261 páginas de texto, \$50.00.
Recopilación del material que contiene, por Josefina Muriel y Rosa Carmelo.

El sumario del presente volumen es, en sí, un anticipo prometedor que abre la nota luctuosa en memoria del doctor José Miranda, fallecido en Sevilla el 27 de noviembre próximo pasado, eximio colaborador de la revista "Estudios de Historia Novohispana".

Las colaboraciones que lo avalan, tocan aspectos tan sugestivos como: "Las Casas y De la Veracruz. Comparación de su defensa de los indios"; "Notas de la historia de la educación de la mujer durante el Virreinato"; "La introducción del estudio del Derecho, en el Colegio de San Nicolás de Valladolid"; "La arquitectura militar en la Nueva España. Clasificación de los sistemas defensivos", y otros cuya enumeración omitimos a fuer de ser breves, pero igualmente de connotado interés.

**ADQUIERALO EN LA LIBRERÍA
UNIVERSITARIA "INSURGENTES"
AV. INSURGENTES SUR Nº 299**



CAJAL O LA VOLUNTAD

por Valeriano Rico Soblechero

Ha transcurrido otro 1º de mayo, día de fiesta universal que conmemora en casi todo el mundo el día del trabajo. Aquí en México cuando vemos desfilar a esas compactas muchedumbres, no tenemos más remedio que recordar una frase nuestra escrita en alguna parte hace muchos años, la cual nos dice que esas banderas y esos símbolos son, al menos para nosotros, como "las antorchas de la paz y los escudos triunfales del trabajo".

Nos parece, pues, obligado el recordar hoy con todo respeto la memoria de un investigador ilustre, de un trabajador infatigable, que nació precisamente un 1º de mayo, mucho antes de que tuvieran lugar los acontecimientos de Chicago y por ende, las conmemoraciones que se vienen

sucediendo año tras año. Este héroe de la investigación y del estudio, del trabajo sobre todo y a quien tanto debe la ciencia médica principalmente en sus ramas de Histología, Anatomía y Fisiología y que desde la humildad de su cuna llegó a alcanzar (entre otros muchos títulos que enaltecen su vida y su obra) nada menos que el Premio Nóbel de Medicina y Fisiología en el año de 1906, es el sabio histólogo español don Santiago Ramón y Cajal. (El citado premio Nóbel de Medicina fue discernido como se sabe en unión del profesor italiano Colai...). ¿Qué ejemplar simbolismo existe, podemos decir hoy, entre la fecha de su nacimiento y su excepcional y fecunda vida consagrada enteramente al trabajo y al estudio!

En nuestros ya lejanos tiempos universitarios allá por los años veinte tuvimos ocasión de conocer, no de tratar, al sabio investigador quien como se sabe frecuentaba en Madrid el céntrico Café del Prado.

Gustaba y prefería el ilustre Cajal de la soledad, siempre leyendo y escribiendo, pero eran, sin embargo, tan deslumbrantes los resplandores de su genio, ofrecían tan universal interés su rostro y su figura, que no bien se había sentado el insigne profesor a saborear una taza de café cuando ya alguien se acercaba al camarero que servía cotidianamente a don Santiago y pronto oíamos al mozo responder con toda solemnidad como si cumpliera un rito religioso las consabidas palabras...

—Allí en aquella mesa tiene usted a don Santiago...

La vida de Cajal es sin duda una de esas existencias fecundas que asombran por el largo camino recorrido por el triunfador, lo diremos en términos más o menos deportivos, desde su punto de partida hasta la meta, es decir, desde la humilde sencillez hasta la cima universal de su fama. Privilegio sin duda reservado a los genios, a los hombres de gran talento y poderosa voluntad y de mérito excepcional.

Don Santiago como es sabido vio la primera luz el 1º de mayo de 1852 en un pueblecito llamado Petilla de Aragón, provincia de Navarra España, aunque enclavado, por uno de esos absurdos administrativos de la división territorial dentro de la provincia de Zaragoza, del antiguo reino de Aragón.

Durante los primeros años de la infancia de Cajal, sus padres y sus hermanos Pedro, Paula y Jorja vivieron con grandes estrecheces económicas debido a que el padre de don Santiago, el honrado y laborioso don Justo Ramón y Casasús, sólo desempeñaba el modesto empleo de cirujano de segunda clase en pueblos de escasa importancia como fueron además de Petilla, los de Larrés, Luna y Valpalmas hasta que por el año de 1860, ya en posesión del flamante diploma de Médico Cirujano pudo don Justo solicitar y conseguir "el partido médico" de la muy populosa y liberal villa de Ayer-

be de la misma provincia de Zaragoza y que le permitió un mayor campo para sus actividades quirúrgicas, proezas dice su hijo, y lograr mayores ingresos para el sostenimiento y educación de sus vástagos.

Las inclinaciones artísticas pictóricas del niño Cajal fueron contrariadas y reprimidas severamente desde el primer día por su padre, quien poseía un carácter enérgico y extremadamente laborioso; mas como el muchacho persistiera, contrariando la oposición paterna en su afán de dibujar caricaturas en la escuela, le valió que el maestro lo encerrase con frecuencia en una pequeña habitación, plagada de ratones a la que se le llamaba el "cuarto oscuro". Para corregir estas inclinaciones su padre resolvió enviarlo cuando apenas había cumplido los 10 años de edad, a la ciudad fronteriza de Jaca donde existía un colegio de Padres Escolapios, que gozaba de la fama de enseñar muy bien el Latín y de domar a maravilla, y nos diría luego don Santiago, "a los muchachos discolos y traviesos". Allí, dice Cajal, sólo se preocupaban de crear cabezas "almacenes" en lugar de cabezas "pensantes"; como único método pedagógico reinaba el memorismo puro. Ahí tuvo ocasión de conocer, el niño Cajal, al padre Jacinto, un domine de anchisimos hombros y macizos puños que parecía construido para la doma de potros bravos; y en fin para estimular las inteligencias atrasadas se ponían en práctica como castigos, el puntero, la correa, los encierros, los reyes de gallos y otros medios coercitivos y afrentosos; se le impuso también con harta frecuencia la pena del ayuno por lo que nos refiere Cajal que se convirtió en un comensal veinticuatreño.

En el año de 1864 su padre trasladó la matrícula del muchacho al Instituto de Huesca, donde Cajal aprovechó su tiempo para trasladar a la acuarela sus nuevas impresiones artísticas. En dicho instituto hubo de purgar encerrado en cierta cárcel escolar, una especie de cuadra, diversas faltas colectivas por culpa de otros descarriados compañeros.

Al volver a Ayerbe, durante las vacaciones veraniegas, supo

Cajal de las acertadas expresiones de Cervantes, "donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido su natural habitación", por una injusticia del alcalde, un "monterilla", según la acertada expresión literaria castellana, que retuvo a Cajal varios días en la prisión de la localidad, en las condiciones que cabe imaginarse.

Queriendo el padre de una vez corregir las rebeldías del muchacho y creyendo, erróneamente por cierto, que su hijo carecía de madurez o de aptitud para el conocimiento de las lenguas y de las ciencias lo colocó, allá por los años 1865-1866 de mancebo en una barbería, cuyo dueño, un señor gruñón y de carácter bilioso, llamado Acisclo estimulaba al muchacho con estas o parecidas palabras: "Animo muchacho. Duros son todos los principios, pero te irás haciendo. Déjate de orgullos y aplícate a remojar barbas, que si como presumo te vas haciendo al oficio, dentro de pronto ascenderás a oficial y gozarás del "momio" de tres duros al mes amén de las propinas..." ¡Bonito porvenir!, nos dice Cajal.

Residía por entonces la familia en Gurrea de Gallego, cuando el padre de Cajal sometió a éste a una nueva y terrible prueba, que fue la de instalarle como aprendiz de zapatero con un industrial de este oficio, hombre de pocas palabras, rústico y mal encarado que hizo pasar a Cajal las de Caín; hasta que habiendo regresado de nuevo la familia a Ayerbe, trabajó también como aprendiz de zapatero con un tal Pedrín quien pronto hubo de quedar maravillado con los progresos zapateriles del muchacho, y siendo esto ya voz pública, otro industrial del mismo ramo llamado Fenollo propuso a Cajal un contrato por cierto número de años y hasta le ofreció un jornal de 2 reales diarios confiando en su extrema habilidad... ¿A qué seguir?

Fue sólo hasta el año de 1868 cuando el padre de Cajal, creyendo ya curado al muchacho de sus devaneos artísticos, decidió inculcarle inmediata y vigorosamente, las nociones eminentemente intuitivas de la osteología humana.

"Pesado y árido te parecerá, le decía su padre, el estudio de

los huesos, pero hallarás en él por compensación introducción luminosa al conocimiento de la medicina".

Mas, ¿cómo adquirir el precioso material anatómico?... Cierta noche de luna, maestro y discípulo abandonaron sigilosamente el hogar y saltaron las tapias del solitario camposanto. En una hondonada del terreno vieron asomar en confusión revuelta, medio enterradas en la hierba varias osamentas procedentes sin duda de esa exhumaciones en masa que de vez en cuando, so pretexto de escasez de espacio, imponen los vivos a los muertos.

Este singular acontecimiento, no obstante su aspecto macabro, fue sin duda el inicio de la gloriosa carrera médica de Cajal, la cual le llevó gracias a su voluntad férrea a ser el hábil disector de Anatomía de Zaragoza, luego al de catedrático por oposición de la asignatura de Anatomía de Valencia, después al de catedrático también de Histología de la Facultad de Medicina de Madrid y decano de la misma facultad y andando el tiempo sobre un camino de constantes triunfos médicos y lauros intelectuales de todo orden, Cajal se convirtió en el ilustre sabio anatómico, el investigador de fama mundial, recibiendo como colofón el Premio Nóbel de Medicina del año 1906.

Todo ello lo consiguió Cajal gracias a esa disciplina de acero, a esa voluntad indomable para el estudio, el trabajo y la investigación científica.

Triunfo de la voluntad, rasgo definitivo de su carácter, al cual él alude claramente cuando nos dice: "Cuán principal y decisiva parte tienen en el éxito lisongerero la voluntad enérgica y la decisión inquebrantable de vencer. El que toma las cosas a broma es siempre superado por quien las toma en serio; el metro aficionado cede al profesional, quien no lleva al palenque sino fútiles satisfacciones de vanidad, se ve constantemente arrollado por el que pone el alma entera en la empresa y de antemano ha vigorizado sus brazos y templado sus armas".

Con la muerte de Cajal no sólo perdió España un eminente médico y cirujano, sino que la humanidad perdió un gran hombre.